

Nieves Rodríguez Rivera

# Piel de Cebolla

Finalista Premio Alféizar 2019



Ediciones  
Alféizar

# PIEL DE CEBOLLA

Nieves María Rodríguez Rivera



Ediciones  
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Juan Carlos I, 41

46715 – La Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor portada: Enrico Pitton

Email: [info@edicionesalfeizar.com](mailto:info@edicionesalfeizar.com)

Web editorial: [www.edicionesalfeizar.com](http://www.edicionesalfeizar.com)

*A mi madre. Por fin ya vuela libre...*

## AGOSTO

Mi madre llevaba años anunciando que aquel sería su último cumpleaños. Lo había dicho tantas veces que ya no le dábamos importancia a sus palabras. Pero esta vez tendría razón, pero eso no lo sabía ninguno de nosotros.

Esa mañana había tomado el avión rumbo a Lanzarote; como cada agosto, a la Isla del Fuego, donde nací, donde nunca habré de volver.

Fuego. Es lo primero que sientes nada más bajar del avión: un viento caliente que corta la respiración y te deja sin aliento.

Mi hermano Frank me espera a la salida del aeropuerto. Lo veo a lo lejos hablando con alguien.

—Ven, para que conozcas a tu primo —me dice; y me dirijo hacia donde están, arrastrando mi maleta sobre un asfalto ardiente.

El sol me deslumbra y hace que ponga mi mano de visera. Dieciocho de agosto, Lanzarote y un calor que agrieta la tierra quemada.

Frank me habla mientras conduce.

—Aún queda lo peor —me dice— te vas a asar en casa de mamá, ya verás.

Lo sé. Habla muy bajo, como si tragase las palabras al hablar, y debo hacer un esfuerzo por oírlo. Conduce despacio, dejando a los lados de la autovía los terrenos secos, las construcciones blancas a medio hacer, el desierto.

La luz. La isla es también luz, deslumbrante y cegadora en Arrecife, la capital de la isla y un horno que abrasa todo lo que toca. Un hoyo, dice la gente del campo. Un hoyo de fuego y agua en medio del Atlántico.

Mi hermano conduce despacio, toma la circunvalación, rodea el hospital para entrar en el barrio de Argana. Callejea por algunas vías de casas bajas y puertas verdes, y aparca frente a su casa. Su mujer, Marta, nos abre la puerta. Hace apenas un año que se jubiló. Se le ve feliz, relajada, con la parsimonia de la gente de la isla. Pronto celebrarán su aniversario, llevan treinta años casados.

—¡Tiene mérito! —les digo.

Tomamos un café con ellos y hablamos: del cumpleaños de mamá, del calor, del atentado en Barcelona. Marta sacude la cabeza: —¡Una locura, un horror, toda esa gente atropellada!

—Tengo que irme, mamá está esperando —les digo, dejando el café en la mesa.

Me despido y me llevo las llaves de su coche, enciendo la radio y conduzco por las calles de la ciudad. ¿Cuántos años fuera ya?

Muchos, más de veinte, desde que me fui para no volver más a este desierto de fuego. Solo en algunas ocasiones especiales como el cumpleaños de mamá. Si al menos corriera algo de brisa...

Conduzco contemplando la ciudad abierta, polvorienta, desértica, bajo el sol del mediodía, como una renacida, como si lo viese todo por primera vez: la vieja ciudad marinera de la infancia, la biblioteca nueva, el instituto antiguo en lo alto de la cuesta y el camino a casa de mi madre.

Detengo el coche en la calle Conde Niebla para llamar a mi hermano San. Sé que debo hacerlo antes de llegar a la casa, antes de que mi madre pregunte por él.

Una llamada, dos, luego él.

—Hola hermana.

—¿No has recibido mi mensaje?

—Cambié de móvil —responde cambiando el tono festivo de su saludo.

No le creo. Su voz es opaca, sinuosa, como si se ocultara para hablar de alguien. ¿Estará su mujer escuchándolo?

—Ya, pero te escribí un correo —le respondo.

—No lo vi.

Miente. Lo sé. Es mi hermano, sé cuando miente, incluso por teléfono.

—¿Vas a ir? —le lanzo sin contemplaciones.

San no dice nada, lo imagino incomodo, pétreo, deseando colgar de una vez.

—No dices nada —insisto.

Silencio. El silencio de mi hermano es también la isla. Miro a través de la mampara del coche. La calima cubre de un manto de fina tela de arena las casas bajas, las calles solitarias y viejas.

—No voy a ir —responde al fin, como una sentencia, como un veredicto sobre mi madre que no sabe aún que San no vendrá a verla, porque su único deseo es verlo, que venga, porque sin él no estamos todos sus hijos.

Pero esto a San le importa poco, que sea su cumpleaños, ochenta y ocho años ya, que sea el último (y ya sé que lo dice todos los años), pero tampoco viniste el anterior, ni en Navidad; ni una llamada en el día de las madres, como si ya no fuera tu madre, como si hubiese muerto. Pero no lo está, sigue ahí, vieja y decrepita, meándose en los pañales y aborreciendo al mundo, como siempre lo ha hecho, renegando de la vida que se le va y a la que se agarra como una garrapata.

Pero todo esto ya lo sabe, por eso no le digo nada, por eso solo hay silencio entre hermana y hermano. Aun así, intento convencerlo, guardar mi rabia y rogarle un poco más, por mi madre.

Pruebo una vez más, pregunto qué razón hay para no venir, para comer con los hermanos y hermanas, todos juntos.

—Prefiero no hablar de ese tema —concluye.

Y sé que no hablaré más, de la misma forma que sé que mi madre me preguntará por él y tendré que disimular hasta que me vuelva a insistir para que lo llame, sin conocer o tal vez intuyendo que ya lo he llamado. Y otra vez no sabré cómo decirle que ya lo he hecho, que no va a venir, que no va a venir nunca más porque ha decidido que no tiene madre, que esa mujer que no ve desde hace más de un año cuando murió tía Felicidad, y te acercaste a la ventanilla del coche donde estaba mamá descansando, porque no quería bajar ni acompañar al féretro, porque ya estaba demasiado cansada y no quería ver cómo la metían en aquel nicho frío de cemento. Y la saludaste y luego permaneciste en silencio.

Como mamá, de esta forma te pareces a ella aunque ahora reniegues. Porque si hablaba con alguien era con sus hijos. A ellos los podía despedazar lentamente y sin piedad, con el derecho que le otorga ser madre; pero eso no lo iba a hacer ya más contigo, porque ya te había jodido bastante mientras

pudo. Porque hasta las harpías sedientas de sangre que se alimentan de la debilidad de los hijos eran más dulces que madre, que derrocha bilis y sarcasmo a cada paso.

Bastante tenías ya con las hijas y la mujer para también cargar con aquella bruja. No, no ibas a caer otra vez en sus redes. Tú ya estás a salvo: que los manipule a todos, que le festejen todos los hermanos sus cien años si quieren, pero tú no. Tú vas a olvidar ese día, y los demás. Olvidar que tienes madre, porque nadie va a decirte lo que tienes que hacer; ya no te engañan más, se acabó la piedad, el ser buen hijo. No quieres ver más ese rostro duro, pétreo; esos ojos de basilisco, que te juzgan todo el tiempo; porque, aunque no diga nada lo dirá con la mirada, con esos ojos penetrándote hasta dentro, recriminándote sin decir, porque para ella nunca nada será suficiente. No, no vas a ir. Tú ya has escapado, como lo hacemos todos de alguna manera.

Aparco el coche en un promontorio polvoriento y seco donde jugaba de niña. Sigue siendo el mismo terreno árido y pedregoso, pero ahora lo han convertido en un parking improvisado que controlan unos indigentes. Mis pies crujen bajo la gravilla negra mientras contemplo el viejo molino abandonado en mitad del morro, sin aspas ya, solo dos muñones de madera asomando en la cresta. A mi espalda se queda el morro y una hilera de edificios bajos, blancos e iguales, de nuevas construcciones que antes no estaban.

Agradezco llegar a la carretera asfaltada. Cuando era una niña veía correr los surcos que el agua hacía, pequeños riachuelos cuesta abajo hasta llegar al final de la calle donde se formaba una laguna. Ahora es una carretera asfaltada, una vía frecuentada por vehículos en dirección al norte. La mayoría de los vecinos ya se han ido o han muerto, pero aún quedan algunas viviendas antiguas, como la casa de mi madre, junto a edificios nuevos de tres plantas, formando un paisaje asimétrico y triste.

Me detengo en la mitad de la pendiente, delante de la puerta marrón de la casa de mi madre. No tengo llaves o las he perdido. Siempre lo pierdo todo. Busco en el bolso en los bolsillos, respiro hondo y toco el timbre. Oigo el sonido del bastón al fondo del pasillo, sus pasos acercándose. La voz de mi

madre se oye lejana, quebrada.

Una mujer de una palidez de muerte, de pelo blanco y boca desflecada, de ojos pequeños y astutos, asoma la cabeza por la puerta. Es mi madre.

Me mira fijamente, con la mirada de las madres, estudiando cada rasgo de mi cara, cada minúsculo movimiento de mi rostro que le hablará de mí, de mi estado de ánimo.

Camina delante de mí, despacio. La sigo por el pasillo arrastrando la maleta de ruedas, amoldándome a su paso impreciso de bastón, siguiendo su cortejo.

—Ya no tengo equilibrio ninguno.

Y acto seguido se tambalea como para demostrar que es cierto lo que dice, que ya no está bien, que no sabe si llegará al cumpleaños, y te obligará a reír por su dramatismo, porque el cumpleaños es mañana. ¡Bueno estaría que se muriese allí mismo, esa misma noche, las dos solas en la casa! Nos sentamos en el patio de luz, bajo helechos que cuelgan en el techo.

—Sino se lo gastan ustedes —continúa mi madre hablando del dinero que va a dispensar en la comida—, eso es lo que quiero: que brinden una copa por mí, que estén todos juntos.

Asiento, respirando con dificultad en aquella casa que es, más que un horno, un invernadero donde revientan majestuosos los helechos.

—¿Cómo puedes vivir aquí? —le digo, sacudiendo mi camiseta, despegándola de la piel. Siento las gotas de sudor caer bajo mis pechos y descender en surcos hasta mi vientre.

—¿Y qué hago?

La miro. Hace unos años que mamá tiene la mirada triste y una expresión asustada en la cara. Verla me produce desazón, siempre he sabido cómo enfurecer a mi madre, o como hacerla reír, pero no sé cómo enfrentarme a esta mirada nueva de niña perdida ante un mundo hostil y fiero que ya no entiende.

Su cuerpo ha cedido a la vejez y a la decrepitud. Camina, cada vez con más esfuerzo. Mi madre columna y soporte, matriarca, genio y figura, es ahora una anciana sorda a la que le cuesta caminar.

—Coge el ventilador de mi cuarto, si quieres —me aconseja— aunque eso

solo remueve más el aire caliente.

Preparo el café en la cocina, aseada y limpia. Charlamos, madre e hija. Le hago las mismas preguntas de siempre: mis hermanos, mi única tía; mi madre me va respondiendo a cada una de las preguntas con una voz quebrada que habla de su propio desamparo.

Bajo la claraboya del patio que derrama el sol en toda la casa, están los retratos familiares casi tapados por las hojas de los helechos que caen sobre los estantes: ahí están las familiares, los hijos; de los nietos y aún incluso de algún bisnieto. Mi retrato está colocado en lo alto de la repisa. La fotografía debe ser de los años noventa, debía andar por veinte y poco. Mi rostro sonriente aparece de medio busto, una camisa negra ceñida al cuerpo, muy delgada, el pelo corto, la boca convertida en una media sonrisa forzada, las cejas espesas, y una tristeza en los ojos que me desagrada. No sé por qué mi madre ha elegido esa foto para ponerla allí. Se lo digo.

—Tráeme otra —es su respuesta.

Pero no lo hago, ya no lo haré nunca más.

En el otro lado de la pared, sobre la repisa, hay otra foto mía del día de mi graduación: media melena, el pelo liso para la ocasión, la banda azul de la Universidad, la sonrisa infantil, los ojos alegres y vivos.

No hay fotos de mis hijos. Soy la única de sus hijas que no tuvo descendencia. Una vez lo quise, lo intenté de varias veces, a través de una inseminación artificial, pero no fue posible. En aquella ocasión no tuve el valor de decírselo a mi madre. Le había costado comprender, aceptar que me casara con una mujer; pero que deseara tener hijos, eso sobrepasaba su entendimiento. Aquello era condenarme de forma innecesaria.

—¡Debes estar loca! Los hijos solo dan problemas, sufrimientos. Mira a tus hermanas —exclamó con su arte para el drama, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Tú no estás bien de la cabeza! Y apartaba con un gesto de la mano el aire frente a ella. Y eso quería decir que el tema se había zanjado.

Había temas en los que mi madre no admitía discusión, y ese era uno de

ellos. Nadie sabía mejor que ella de qué hablaba cuando hablaba de hijos, porque ella había tenido diez y nunca deseó tener ninguno.

—*Nací en el veintinueve. Pero eso lo sabes tú.*

—*Hazlo como si no me conocieras.*

—*Nací en Tinajo en el año 1929, el 21 de agosto.*

—*¿Cuántos hermanos tenías?*

—*Éramos diez, uno murió de chiquitito.*

—*¿Qué lugar ocupas?*

—*Ah... fui la sexta de once hermanos.*

—*¿De qué murió?*

—*Antes no sabíamos de qué se morían los niños, eran otros tiempos. Recuerdo el día en que mi madre se lo llevó al médico en la ciudad. Salió de la casa con el niño moribundo en brazos, y el gandul de padre, tumbado en la puerta de la casa, no fue capaz de decirle: yo te acompaño. Había más de veinte kilómetros a pie desde donde vivíamos en el pueblo hasta la ciudad. Mis hermanas y yo queríamos acompañarla; ella no quiso, se fue andando vestida de luto, el pañuelo negro en la cabeza, pequeñita. Parece que la estoy viendo. Luego la trajo un camión de vuelta, pero el niño ya estaba muerto.*

—*¿A qué edad fuiste al colegio?*

—*Yo fui quince días al colegio, no fui más. La mayoría lo he aprendido yo sola.*

—*¿Por qué?*

—*Porque allí había una sola maestra para todos los municipios: Tinajo, Ajeche, Mancha Blanca, La Vegueta, Las Caldereta, Muñique y El Cuchillo. Todo eso era para una sola maestra. Entonces, a lo mejor te tocaba tres días a ti y tres días al otro pueblo. Así. Por eso no fui más de quince días o un mes al colegio.*

*Después mi hermana se casó con diecisiete, con uno que estaba todavía en el cuartel por la Marina y le tocó en Arrecife. Tuvieron el niño y yo se lo cuidaba. Allí tenía libros y yo aprendí a leer casi sola.*

*Aprendí casi sola...*

*Las monjas, ahora estoy recordando cosas, las monjas daban clase los sábados y los domingos a la gente que no sabía. Y fui algunas veces allí, cuando bajaba a Arrecife a casa de mi hermana.*

—¡Duermo arriba! —le grito a mi madre para que me oiga desde el final del pasillo.

Mi habitación se encuentra en el piso superior, después de un cuarto de trastos y subiendo una estrecha escalera. Dos piezas en mitad de la azotea, construidas cuando mi hermana se casó y vino a vivir con nosotras a la casa. Ahora solo queda el dormitorio, que luego pasó a ser con los años mi cuarto de adolescente. Para llegar hasta él hay que subir por unas estrechas escaleras y agarrarse a un pasamanos de piedra desvencijado. La puerta verde tiene carcoma por los bajos y cruje cuando la abro.

Contemplo las paredes vacías, el polvo de la persiana de mi cuarto de soltera. La cama está hecha y una tierrilla fina recubre el pupitre de madera. Me recuesto en la cama. Una bombilla sin lámpara cuelga en medio del techo. No puedo pensar en nada, solo deseo que pasen las horas y que acabe este calor asfixiante, pegajoso.

—¿Por qué no duermes abajo? —me grita mi madre desde la escalera.

Respondo que hace demasiado calor para dormir abajo. Aquí puedo dormir con las ventanas abiertas.

Me incorporo para abrir la ventana. La claridad lo inunda todo: la mesa carcomida, las estanterías vacías, la cama desnuda, el pupitre sin silla, el armario viejo.

Abro la maleta, saco mi portátil, el neceser, el libro, renegando del calor insoportable, del sujetador. Me lío un cigarrillo mientras observo el paisaje tras la ventana. Azoteas, bidones de agua. Sequedad, cal y cemento.

Fumo y me ensueño en mis pensamientos sobre la cama. El timbre de la puerta me desvela y bajo las escaleras porque sé que mi madre tardará en ir a abrir: camina ya tan despacio que alguien puede cansarse de esperar e irse.

Es mi hermano Pedro que llega para el cumpleaños. Del hombro le cuelga una mochila; sonríe como un niño gordo, sesent n, fatuo y mujeriego. Lo trae su hijo desde el aeropuerto. Se lamenta nada más llegar del calor de la casa.

—Yo me quedo arriba —le digo—, aquí abajo no se puede estar.

—Yo no s  cómo aguantas esto —se dirige a mi madre.

Pero mi madre no lo oye.

—Si encuentro hotel duermo fuera —añade mirando a través de las gafas el cuarto pequeño sin ventanas donde se va a quedar.

—No oigo cuando hablan dos a la vez —se queja mi madre—.  No s  de qué están hablando!

Como si dijéramos algo más que palabras vacías, formalidades de hermanos ya extraños por el paso del tiempo. Hemos envejecido. Ahora él tiene la misma edad que cuando murió padre.

— Que nos vamos a comer fuera, al fresco! —le digo preparando un café.

—Me apunto —responde mi hermano—, así me dejas en un hotel cerca. Aquí no se puede estar.

Y es cierto. Hay una claraboya en el patio de los helechos que da luz, pero también convierte en un invernadero el cuarto en verano. Es casi imposible estar all  mucho tiempo, salvo para mi madre que nunca tiene calor.

Mamá parece feliz. Se prepara para salir a comer, lleva un pantal n negro y una camisa turquesa. La ayudo a abrocharse los zapatos. Tiene los pies hinchados en el empeine y me cuesta abroch rselos.

Est  feliz porque todos estaremos en su cumpleaños.

Todos, menos San. Pero ella aún no lo sabe.

— Ya llamaste a tu hermano? —me pregunta, como si hubiese oído mi pensamiento.

—No. Luego lo llamo —le miento.

El restaurante est  lleno, es hora punta y agosto. Mi hermano se ha acercado a preguntar mientras ayudo a mi madre a bajar del coche, un pie primero y luego otro, debemos andar muy despacio. A pesar del calor mamá se ha puesto

una chaqueta. Cuando consigue salir del coche camina recta, acompañándose del bastón, pasos cortos, mirando al frente; con las gafas de sol cuadradas y marrones. El gesto solemne. Digna.

Todos nos miran. Sé que miran a mi madre y luego a mí, o al revés. La madre anciana con la hija que vienen a comer al restaurante. Una imagen dulce, candorosa. Falsa.

—Nos queda para una hora o dos —nos grita mi hermano desde el interior.

Sonrío, pero quisiera que la tierra me tragara ahora mismo. El restaurante está al borde de la carretera, la terraza ocupa la acera y sobre ella se sitúan las mesas repletas de comensales que se vuelven ahora para mirarnos. Mi madre sonrío a todos como si una lluvia de flashes le disparara en este instante.

—Mamá, no hay sitio, está muy lleno, le susurro al oído.

Pero mi madre no se da por aludida. Continúa hacia delante, atravesando el restaurante repleto, apoyada en mi brazo.

—Hay que esperar por lo menos para una hora — insiste mi hermano—, mira toda la gente que hay.

Mi madre lo ha oído porque asiente sin decir nada, pero continúa andando hacia el interior del restaurante, haciendo caso omiso de nuestras súplicas. Un grupo de gente espera en fila por una mesa.

—Mamá, vamos a otro sitio, ¿no ves que no hay mesas? —le digo al oído

—¡Tú déjame a mí!

Mientras, se adelanta a toda la fila de gente que espera, obligándonos a seguir su paso como si tuviésemos diez años.

—Mamá, ¿por qué no vamos a otro sitio? —le susurro al oído.

—¡Tú déjame a mí, yo voy a hablar con la camarera!

Pero la camarera no se detiene: corre veloz entre las mesas cargadas de platos, mientras mi madre permanece incólume, apoyada en el dintel de la puerta del comedor, esperando a que la camarera se detenga y hable con ella. Quisiera esconderme, que nadie me vea, como cuando pequeña.

—¿Por qué no vamos a otro sitio? —vuelvo a insistir.

Siento que me miran de todos lados.

—¡En otro sitio no hay pescado como aquí! Tú déjame —me responde finalmente.

Y la dejo porque no hay nada que hacer cuando mi madre toma una determinación. Solo sentarte a esperar a los acontecimientos, intentar guardar el tipo, tomártelo a risa, decir está mayor. Sí, esa es mi madre: esa mujer que espera apoyada en su bastón en el dintel de la puerta, como Bernarda Alba, regia y soberbia, la mirada fija observándolo todo a su alrededor con digna condescendencia.

—No puedo estar mucho de pie —oigo que le dice a la camarera con voz quebrada.

Mi madre es una encantadora de serpientes, por eso la camarera le devuelve la sonrisa y viene hacia mí.

—¿Cuántos son?

—Tres.

Y ante mi asombro, nos ofrece una mesa. Y allí va, caminando con su bastón, victoriosa, segura, la cabeza erguida como una reina entre las mesas.

Mi madre disfrutaba de aquellos momentos. Pedía ante el asombro de los camareros una cerveza con limón o una copa de vino, según el tiempo, y saboreaba despacio la comida. Se preparaba con deleite para la ocasión, iba a la peluquería, elegía su mejor traje: turquesa, morado vino, azul. Los ojos coloreados de azul, la manicura perfecta. Salía de la casa triunfante con su bastón de mando, altiva, renqueante, pero aún con fuerzas para deleitarse en los pocos placeres que podía permitirse.

En su último cumpleaños mi madre se despertó de buena mañana. Se dormía siempre muy tarde, escuchando programas de televisión o películas interminables que veía con subtítulos porque ya no oía bien lo que decían.

Es mi única compañía, se quejaba con cierta sorna, cuando veníamos a verla.

Le costaba conciliar el sueño, a pesar de todas las pastillas que tomaba. Para ahuyentar las horas, encendía el televisor y veía películas hasta la madrugada.

Vida de marquesa, le decían. Teresa la marquesa, le puso de mote un cuñado en una ocasión, por el porte con el que se arreglaba, por sus gustos siempre exquisitos.

La pobreza vivida en la infancia le fraguó siempre en ella un deseo de ascensión social, de mejora de posición, para la que trabajó toda su vida. Sus hijos eran sus obras, y debían tener, o al menos aparentar, unas formas externas intachables. La opinión de los demás era la vara de medir de su propio éxito, por lo que yo procuraba, en mis visitas, acudir con mis mejores atuendos y evitar sus comentarios ácidos. Era una señora, enfatizaba la frase con orgullo.

—¿Por qué vistes tanto de negro? —me decía.

Yo me alzaba los hombros sin saber bien qué responder.

Esa mañana, la de su cumpleaños, madrugó temprano: tenía muchas cosas que hacer, y una de ellas era ir a la peluquería. Era el gran día.

La veo arreglarse metódicamente, despacio.

—Abróchame el zapato, ya no me puedo ni agachar.

La miro, desgastada, vieja, coqueta, digna.

¿Seré yo así a su edad?

Alguien llama al teléfono, es la chica que debía venir a limpiar, ha tenido un problema. Mi madre le cuenta que hemos venido todos los hijos para su cumpleaños, incluso los que viven en las Palmas vinieron, la oigo decir alegre.

Mañana será el último día que verá a todos sus hijos juntos, menos a San; pero eso ella no lo sabe.

Y seré yo quien se lo diga.

San no viene.

—¿Qué pasa? ¿Tiene que trabajar? —me pregunta mirándome fijamente a los ojos.

Vacilo. Podría mentirle, podría decir una mentira piadosa: que sí, que mi hermano tiene guardia, y por eso no vendrá.

—No —respondo—. No quiere venir.

Solo eso. Se muerde sus palabras como su dolor. Asiente en silencio callando por primera vez; porque ya ha dicho todo lo que tenía que decir, y las palabras no valdrán para nada, por eso calla. Lleva el dolor dentro, como una herida que no se cierra.

La veo bajar, su figura se hace pequeña al final de la cuesta. Un paso primero, luego el otro, después el bastón. Se encorva ya un poco como si vigilara cada paso: arrastra cientos de años en sus espaldas pero firme en su orgullo; la cabeza recta, manteniendo su paso firme hasta el final de la pendiente.

—¿Tú padre a qué se dedicaba?

—*A gandulear. A comprar, vender y a tumbarse al sol. Era un animal: maltrataba a la mujer, a los hijos, a todo el que se le pusiera delante. Eso era, un bruto: pegaba a la mujer, a los hijos; nos maltrataba a todos. Cuando tomaba dos copas, teníamos que salir a defender a mi madre porque iba a matar a todo el mundo. Antes solo había machismo. Estamos hablando del año 1929. Los años treinta. Gente bruta. Eso es lo que había en los campos. Allí no había nada.*

—¿A qué jugabas cuando eras pequeña?

—*Jugaba a las casitas, con la piedra del campo, con la mazorca de maíz que vestíamos como si fuera una muñeca. A eso es a lo que jugábamos. No había nada. Nada. Hambre.*

—¿Y qué comían?

—*Una batata, algo para ensalada; si iba a la mar, traía erizos o lapas, o algún pescado si mi padre iba a pescar. Eso. A veces mi madre iba al puerto*

*a vender en el burro, y llevaba huevos o granos, y traía plátanos o pescado. Miseria.*

*—¿De qué vivían?*

*—De eso, de eso... Miseria.*

*—¿De lo que daba la tierra?*

*—De eso, sí. Yo nunca vi a mi padre trabajando para un particular. Mi padre era un gandul y un animal.*

El sonido del teléfono parece perderse en el largo túnel de mi cerebro, rebota finalmente sobre las paredes de mi cabeza y finalmente me despierta. No sé qué hora es. Pero oigo a mi madre caminando por el pasillo de forma insegura hasta el teléfono, balanceando sus caderas trabajosamente.

Mi madre ha envejecido. Mucho.

¿Cuándo descubre uno de repente que una madre no es para siempre?

Ya nadie habla de la vejez, si acaso de los ancianos en el telediario para decir que murió asfixiado por un brasero, o fue encontrado en su casa después de tres días de muerto. Como si la vejez no existiese.

Como si no fuese un estado imperativo e ineludible del ser humano. Pero no se habla de lo que se teme.

Hay en cambio una exaltación de la juventud indecorosa y falsa.

La juventud apenas dura, y cuando la recuerdas ya se ha ido. En cambio, el acto de envejecer: el deterioro de las células, la flacidez de la carne, la pérdida de la memoria, no acaba nunca.

Mi madre se ha vuelto ya una anciana, insegura, temerosa; apenas queda nada de la mujer autoritaria e inflexible que temíamos cuando niños. Su cara se ha convertido en una máscara, en un viejo pergamino indescifrable, bajo el cual refulgen aún unos ojos astutos que te escudriñan con la precisión de un cirujano.

El teléfono volvió a sonar de nuevo. Era mi hermana Eva.

—Mal, mal, hija, de esta no salgo —la oigo decir.

Y es cierto. Mi madre no será más la que fue. Ha ido perdiendo la energía arrolladora que la caracterizaba, la garra y fuerza ante todo. Recuerdo una de las últimas discusiones con mi hermana pequeña por teléfono. No estoy presente, pero oigo las voces, como ahora, desde el cuarto de la azotea. Luego hay un silencio sospechoso y por eso bajo a hablar con mi madre, que está sentada en la silla, con el gesto preocupado.

—¿Y ahora qué pasa?

—¡Tu hermana, tu hermana! —tose, carraspea, agitando los brazos.

—¿Qué le pasa ahora? ¿Ya has colgado? ¿Por qué no me dejaste hablar con ella?

—¡Ahora dice que va a separarse! Y yo soy el último mono aquí en enterarse de todo, me grita.

—¡Ah....! Eso —respondo.

—¡Tú lo sabías! —y me señala con el dedo y taladrándome con la mirada.

—Algo había oído —respondo sin mucho aplomo.

Está enfurecida, sus ojos de basilisco me miran llenos de furia y rabia. Lo sabíamos todos, claro, menos ella, a quien nadie se atrevía a decírselo.

Mi hermana se había vuelto a enamorar de su primer novio. Con veinte años habían decidido casarse, tenían planes de boda, ahorros, un solar comprado conjuntamente donde pensaban construir la casa. Todo estaba dispuesto para casarse. Pero el novio no, lo dijo en el último momento y le partió el corazón. Mi hermana se encerró durante dos días en su cuarto, negándose a abrirle la puerta a nadie. Luego como entró, salió, fue hasta el baño, se miró al espejo y decidió convertir su amor en odio. Y lo odió durante veinte años. No volvió a mencionarlo nunca, como si hubiese muerto. Después conoció al que fue su marido y padre de sus hijos, hasta que volvió a cruzarse con su primer novio y comprobó que todo el odio que tenía acumulado no había sido sino una fortaleza contra el amor. Por su parte, el novio había madurado, también había perdido pelo y echado barriga, pero seguía queriéndola. Mi hermana se dio cuenta de que nunca había dejado de quererle y lo que había sentido veinte años antes volvió a renacer, si es que alguna vez había muerto. Por eso mi

hermana se separaba, para volver con su primer amor.

Todos lo sabíamos, menos mi madre. Nadie se había atrevido a contárselo. La temíamos: mi madre es mordaz e hiriente cuando quiere.

Que lo último que pierda sea la lengua, solía decir, y al parecer el Altísimo le concedió este privilegio porque lo último que perdió fue su capacidad crítica, brutal, sobre los demás.

Era lo único que le quedaba ya. Lo había perdido todo: la juventud, la capacidad de moverse, de viajar. Solo le restaba su derecho a expresarse libremente, sin ataduras, y no estaba dispuesta a renunciar a ello.

—¿Para qué estoy yo en el mundo? ¿Para sufrir? —gritaba alzando las manos al techo.

A mi madre le gustaba ese tipo de preguntas retóricas. Si hubiese podido, ¡qué buena oradora hubiese sido!

—¿Para qué estoy en este mundo? ¿Para qué estoy en el mundo? ¿Para sufrir? ¿Para esto? —repetía una y otra vez para luego responderse a sí misma—. Para esto, mejor estar muerta.

—Bueno, y qué más da, mamá.

—¿Cómo que qué más da?

Hay un látigo de desprecio en la voz de mi madre.

—¿Y los niños qué? —me arroja a modo de alpargata en la cara.

Alzo los hombros.

—¿Pero está loca, loca! Con el marido tan bueno que tiene...

—Bueno, mamá, si ya no lo quiere —le digo mientras pienso cómo poner fin a aquella conversación sin salir perdiendo.

—¿Ahora? ¿De repente no lo quiere? —añade con sarcasmo.

Bueno... tan de repente no sería, pienso, pero no lo digo. Afortunadamente mi madre no puede oír mis pensamientos.

—¡Así estaba tan delgada! Tanta delgadez no podía ser buena. ¡Qué mala cabeza, Dios mío, pero qué mala cabeza!

Intento hacerle comprender que mi hermana es mayor y sabe lo que hace.

—¿Pero no es verdad? —me mira abriendo los ojos como una niña ingenua.

—La gente no quiere oír la verdad —respondo finalmente— ¿O te crees que no lo saben? ¿Qué necesidad tienes de decir siempre lo que piensas?

—¡Solo digo la verdad!

Y me mira como si no comprendiese, como si no supiese que hay más de una verdad, miles de verdades cuando se trata de sentimientos.

—¿Cómo no se lo voy a decir? —continúa—. Es mi hija, parece una enferma.

Después de los gritos normalmente viene la calma, como ahora, cuando mi madre se derrumba abatida, como una niña pequeña, herida porque el mundo está realmente perdido: que una hija se separe de un marido tan bueno y padre de sus hijos es una locura, una cuestión impensable para ella.

—Pero qué más quiere tu hermana —insiste aún cabizbaja—, qué más quieren las mujeres de hoy.

—Tal vez amor —me atrevo a decir.

—¿Amor?

De pronto me mira, sin comprender, intentando adivinar, como si hubiese dicho una blasfemia, como si en lugar de amor hubiese dicho una palabra absurda y sin sentido.

Esto solo dura un segundo porque inmediatamente me mira colérica, el gesto fruncido, los ojos desorbitados, como si tuviese delante a una desconocida, a una loca.

—¿Amor? —añade despectiva— ¡Qué sabrán ustedes!

## SEPTIEMBRE

El taxista me deja al final de la cuesta y me desea un buen día. A mi derecha contemplo el viejo molino abandonado. Aún sigue en pie, la mitad de su base pintada de blanco, sin aspas ya. Es una mala hora para llegar, quizás demasiado pronto o demasiado tarde. Mi madre tumbada en el sofá mira la televisión. No hace amago de levantarse cuando llego. Me inclino a su altura y le doy dos besos.

—¡Qué pronto llegaste! —me dice a modo de saludo—. ¿Ya comiste?

—Tomé algo en el avión.

—¿Por qué no avisaste a tus hermanas para que te fueran a buscar?

—No quería molestar —le respondo sentándome frente a ella.

—En la nevera hay queso y yogurt, o lo que quieras, tú sabes dónde está todo —me señala la cocina.

—No tengo hambre —respondo alzando la voz.

Mi madre está cada vez más sorda; debo repetirle dos y tres veces lo que le digo. No entiende bien la mitad de lo que cuento, pero no la corrijo. No vale la pena. En ocasiones solo responde lo que supone que pregunto, o acaba diciendo lo que quiere decir.

Subo hasta mi cuarto, me cambio de ropa y guardo la maleta de mano en el ropero vacío. Hay una capa de arena fina en todo lo que me rodea, por eso me pongo manos a la obra: limpio la tierra que se ha posado sobre el escritorio, cambio las sábanas y paso una fregona por el cuarto. Son casi las dos de la tarde y desde la azotea se ve un cielo azul y nítido. Decido dar una vuelta por la ciudad.

—¿A esta hora? —me grita mi madre desde el dormitorio.

Solo los locos y los perros caminan bajo el sol del mediodía, leí en algún lugar.

La ciudad parece desierta. Deambulo por las calles de esta vieja ciudad árabe donde he nacido, me pierdo por sus callejuelas retorcidas que se

estrechan, se bifurcan o se oscurecen como en un cuento de las mil y una noches. Bajo hasta las Cuatro Esquinas; las aceras están levantadas como heridas de guerra en las que ya nadie repara. Me sumerjo en los callejones, laberinto de recuerdos que esquivo, calles por las que no quiero entrar y a donde mis pasos me llevan.

La playa del Reducto permanece solitaria, anclada en un pasado sin nombre. El Gran Hotel, reformado e insignia de la ciudad, ha dejado de ser el viejo dominó que se erigía por encima de todo para pasar a ser un hotel más. Algunos turistas pasean por la avenida soleada. Pienso en la palabra extranjero: en la isla se llama extranjero al europeo, al nórdico, no al resto; los demás son peninsulares, africanos, árabes o sudamericanos. Extranjeros todos, como yo en mi propia isla.

Un hombre aparece en el cruce de la calle solitaria, tiene mirada esquiva, como si tuviera prisa por llegar a algún lugar y refugiarse del sol. Una mujer delgada cruza a lo lejos la calle. Lleva un vestido de colores chillones y mueve al caminar su larga melena. Tiene el andar sinuoso de las prostitutas. Se detiene frente a un semáforo en rojo. Es un muchacho joven con ropas de mujer; fuma agarrado a su bolso como si esperase a alguien. Un hombre se acerca y lo mira un instante, sin verla.

Ha llovido, apenas unas gotas que anuncian más calor. Brilla el agua bajo el sol como un caleidoscopio cambiante sobre las cosas y los espejos. Desde un portal abierto una mano ennegrecida y sucia se asoma. Detrás de ella acecha un hombrecillo. Tiene los ojos muy pequeños y encendidos, tristes como ratones.

—¡Un cigarro! ¡Un cigarro! —repite con un quejido lastimero.

El hombre saca un poco más la cabeza del portal. Tiene la boca torcida, en un rictus amargo, y el gesto suplicante.

—¡Ah, eres tú! ¡No te había reconocido! —me dice saliendo del portal.

—¿Cómo andas? —le saludo tendiéndole los cigarrillos que atrapa con dedos sucios.

—Bien, bien. Estoy fumando coca, pero sigo con la metadona.

Me alejo moviendo la cabeza en un gesto de saludo, y continúo mi paso sin

mirar a Goyo, mi vecino. Cuando éramos pequeños su padre tenía una pequeña dulcería construida en un garaje, un lugar de atracción y repulsión, un lugar tenebroso y delicioso donde el placer de las golosinas se unía al miedo a su padre. Todos los niños lo temíamos porque decían que tocaba a las niñas en la trastienda. En aquella época aún no estaba asfaltada nuestra calle y se formaban riachuelos al correr la lluvia, y barrancos al borde de las casas. Aquellos arroyos improvisados, aquella grieta en la tierra surcada por el aguacero era una fiesta para los niños del barrio. Nos embarrábamos hasta las rodillas lanzando palos que eran barcos improvisados y que veíamos correr hasta el final de la calle, donde se formaba una laguna.

Goyo era ya entonces un chico apocado, tímido, siempre parecía asustado. Apenas hablaba, se aislaba como si no formara parte del grupo y nos miraba de lejos, anhelando jugar sin atreverse a hacerlo. Ahora la gente lo esquiva en las calles porque en su mirada hay siempre una petición, una pregunta. Los vecinos lo conocen y lo rehúyen, pero él insiste, una y otra vez. Tiende su mano y te lanza esa mirada lastimera que te obliga a mirarlo; te solicita unas monedas y te cuenta que está enganchado, que está feo pedir, pero que no puede hacer nada, y le das algo o pasas y le dices otro día Goyo.

—¡Me voy a ir a la península a ver si me curan! —me grita desde la puerta cuando ya me he ido.

Cuando acabé mis estudios quise hacer una tesis, como no sabía bien sobre qué, comencé asistiendo a cursos de ampliación en la Universidad. Uno de ellos fue sobre historia oral. Para la elaboración del trabajo debía entrevistar a personas mayores. Por aquel entonces solo conocía a mi madre y a mi tía Felicidad.

Como conocía el rechazo de mi madre a hablar sobre el pasado, le di toda una batería de argumentos que la convencieran. Pero ella no acababa de entender bien el interés de nadie por conocer su vida, ni qué importancia podía tener aquello para la historia.

Para mi madre nada cambiaba nada.

Ya había vivido lo suficiente para saberlo. Decía esto con aplomo, como un veredicto inapelable: lo que había vivido, solo ella lo sabía. Y era cierto,

pero esa sentencia mandaba al traste a toda la literatura del mundo. Esta concepción nihilista de la vida arrojaba la narrativa al vacío más profundo. Las palabras no tenían sentido fuera del tiempo.

Las palabras para mi madre no servían de nada.

Solo yo sé lo que he vivido, remarcaba con jactancia y desprecio, con el orgullo de quienes sobreviven a las adversidades y se hacen más fuertes, y de esta forma sentenciaba toda posibilidad de conocimiento de su vida, que solo ella conocía, y nadie más.

Ni siquiera yo, su hija.

Pero si era por ayudar en los estudios, estaba de acuerdo. Así que un día nos sentamos en la cocina, yo con mi grabadora a mano y mi madre dispuesta a hablar y remover el pasado.

Así lo decía, remover el pasado.

El pasado debía estar donde estaba: muerto, olvidado. Contar era atraer los fantasmas de una época ominosa y sangrante que debía ser olvidada. Hablar, recordar lo que no se puede cambiar era absurdo. Cosa de soñadores y poetas.

Y mi madre hacía tiempo que había dejado de soñar.

A pesar de todo, aceptó que la entrevistara y sus palabras quedaron guardadas durante años en una casete de plástico negro. La entrevista no me sirvió para mucho porque nunca terminé los estudios de doctorado y la cinta con las grabaciones la dejé olvidada durante años en alguna gaveta.

Ese año cuando supe que mi madre no llegaría a su próximo cumpleaños, recordé el viejo casete y sentí la necesidad de oír su voz. La echaba ya de menos, incluso antes de morir.

Fue a partir de junio cuando realmente comenzó su deterioro, la morfina que le suministraban la hacía dormir mucho tiempo y se despertaba perdida, desorientada en un mundo desconocido y extraño. Fue entonces cuando recordé aquel viejo casset. De alguna manera ya sentía la necesidad de oír su voz antes de que desapareciera del todo. Mi madre estaba cada vez más ausente y desorientada.

¿Quién era yo?

¡Ah! Su hija que había venido a verla.

Ya casi no oía: había perdido el audífono entre las sábanas en su última hospitalización y solo le quedaba uno. Una de sus obsesiones era cambiar las pilas del audífono. Pero por más que las cambiaba, era la misma y vieja sordera la que no desaparecía.

En esos últimos meses había perdido las ganas de vivir. Luego tuvimos que contratar a Lilith para que la ayudase en todo, incluso para ducharse o comer. En aquellos meses antes de morir pasaba el resto del día sentada bajo los helechos, los ojos cerrados, como si el mundo le hubiese dejado de importar lo más mínimo.

Cuando volvía a mi casa, apesadumbrada, encontrar aquella cinta con su voz me emocionó. Esta vez fui yo la que busqué por toda la casa pilas nuevas, ansiosa de oír la conversación con mi madre.

El sonido de la grabación era de muy mala calidad. Me costaba entender algunos fragmentos. La voz de mi madre era quebrada, frágil en algunos trozos y alegre, dura, en otros. Era una conversación distendida, salpicada por llamadas de teléfono, digresiones y regresiones a su infancia.

Escucho su voz, mi madre se ríe de todo, incluso de sus propias sentencias hirientes y afiladas. Su voz apasionada, atropellada, desgrana delante de mí secuencias de su vida: recuerdos lejanos, de niña, penurias de su matrimonio con mi padre.

A pesar de que a mi madre no le gustaba hablar de sí misma, ni de sus padres, ni de su vida que no valía nada. Quién sabe por qué había dejado la cinta abandonada en una gaveta durante años, sin saber qué hacer con ella, sin atreverme a tirarla tampoco.

En aquel tiempo no supe ver la tragicomedia de su vida.

El gran drama de mi madre fue que las circunstancias la obligaron a ser lo que no quería ser: madre. Hubiese querido ser independiente, haber estudiado, escapar de alguna manera de su destino y ser una una mujer libre, no domesticada. Pero la vida la obligó a ser madre de diez hijos.

Su destino estaba ya marcado porque había nacido pobre, en un pueblo aún más pobre.

Lo vivió todo, sola y con diez hijos.

La vida de las mujeres del campo, pobres, abocadas al cuidado de los hijos, a la crianza, encerradas en el hogar, en la cocina, llegando reventadas de cansancio a la noche. Solas. Siendo rabiosamente conscientes, como ella misma, de la crueldad de su destino. Sin posibilidad de rebelarse. Sin salida.

Mi madre había decidido olvidar su pasado; por eso jamás hablaba de su infancia, de su familia, del pueblo donde había nacido, pobre; de una pobreza lacerante y salvaje que la condicionaría para siempre. Porque se nace pobre y se muere pobre.

Y mi madre lo fue. Hasta el final.

Por eso, ahora enciendo la grabadora y la escucho.

—*¿Tu madre te pegaba?*

—*Sí, por mi padre y por mi madre. Una vez mi madre me dio con un palo por las piernas que casi me las rompe. Me dio una sarta de palos un día...*

—*¿Qué le hiciste?*

—*Pues mira, una cosa muy normal. Te lo voy a contar. Estábamos las dos solas, mi madre y yo. Mi padre se había ido al molino al lado del cabildo donde se reunían todos para hablar. Y la veo, a mi madre, que se viste y le digo: a dónde va a ir má. A casa de tu tía, responde. Yo voy, le digo. No, tú te quedas aquí. Y yo le respondí larguese pallá pa la casa de los demonios. Cogió el palo y me dio una gentina.*

—*Y tú padre, ¿por qué te pegaba?*

—*Mi padre se iba a las tierras y luego venía y quería encontrar la comida hecha. Y yo me preguntaba: ¿qué comíamos y qué hago, hay acaso algo para hacer de comer? No había nada de comer. Mi hermana Frasquita, pero ella tuvo la culpa de muchas cosas... Mi hermana vino un día, y me dijo: vamos, Teresa, acompáñame para no ir sola a coger leña. Íbamos al campo a coger leña, matos, y con eso hacíamos fuego. Pues yo le dije: ¡pues vámonos! Estábamos cogiendo leña, y vino mi padre de las tierras y no estaba la*

*comida hecha. ¡No sé qué comida! Sería dos papas o dos batatas, porque no había sino lo que recogía él: dos papas o dos batatas, y no siempre, porque no había siempre. Y tuvo que venir mi abuelo que le dijo: tú vas a matar a la chica. Y otra vez fue por defender a mi madre.*

—¿A tu madre también le pegaba?

—*Delante de nosotros no, pero le decía de todo. Todavía me acuerdo, viéndola allí sentadita sobre una caja. Estaban discutiendo y salté yo para defender a mi madre. Tenía el cuchillo en la mano. Me lanza el cuchillo. No me acuerdo qué dedo fue, si este dedo o si este, pero me sajó un dedo. Que si me coge el corazón en frente, me traspasa el corazón. Los chorros de sangre. Mi madre se levantó y me lo ató con un paño para atajar la sangre. Eso son los recuerdos que tengo de mi padre.*

Parece el mar. El sonido de fondo de la grabadora parece el ruido del mar llegando a la orilla. La escucho en silencio. La calidad no es muy buena. La rebobino una y otra vez, para volver a oír algunos fragmentos que no se entienden bien, como si la voz se ahogara por momentos en el oleaje. Temo que un día se rompa y no pueda oírla más.

Debo oírla por fragmentos, descansar, apagar su voz porque una especie de extrañamiento me asalta mientras lo hago, un pudor de vida ajena que me hace detenerme, como si escuchase a escondidas las confidencias de una desconocida.

Sin embargo, es mi madre a la que oigo: su carcajada irrumpe en medio del discurso y provoca un caos, una cesura, como si, de pronto, se descolgara de todo, como si todo le importara realmente nada.

A veces ríe a carcajadas, libre, como ríen los supervivientes, como escupen los pobres al destino después de haberlo combatido, como quien derrota a un gigante y se hace más fuerte porque sabe que ya nada podrá acabar con ellos.

Hay poco de académico en esta entrevista, somos madre e hija sentadas en la cocina, conversando: yo pregunto y ella responde, desenvuelta, vehemente siempre, encarnizada y justiciera, en ocasiones.

Que lo último que pierda sea la lengua, decía.

Estaba convencida de que con los años y el sufrimiento se había ganado el derecho a decir lo que pensaba, quisieras oírlo o no. Sus palabras siempre eran contundentes; lapidaria en sus juicios y sentencia. Si debía decirte algo, no tenías escapatoria: tú estás en medio de la vía y ella es un tren que viene hacia ti. No podrás evitarlo. Ni habrá tiempo suficiente para apartarte de su diana. Una vez te lanza el dardo, ya te habrá destrozado.

La vida la había vuelto dura, despiadada; su ternura se derramaba solo en los bebés a los que cogía en brazos aún sin poder. Mi madre Medusa y Medea juntas. Enfurecida daba miedo: sus ojos de basilisco podían atravesarte el corazón.

De pequeña creía que podía leer la mente y saber lo que pensabas antes que yo misma. Luego supe que era simplemente astuta y muy inteligente. Diana cazadora sabía cómo dar en la diana.

En la adolescencia, en la juventud, discutíamos mucho porque yo intentaba rebelarme contra su autoridad sin éxito. Fue un combate duro durante unos años: dos púgiles de altura, cada una en su atalaya, defendiendo posturas irreconciliables.

No me lo decía, pero sabía que se enorgullecía de que su hija finalmente hubiese estudiado y fuese una persona de provecho, como decía. No como ella que solo había podido ser madre.

Era consciente de su valía. ¿Hay acaso algo más terrible para una mujer tan crítica que ser consciente de lo que hubiese podido ser si la dejaran?

Ser alguien, decía a menudo. Y con ello se refería a no ser como ella.

Los años nos fueron sosegando y fuimos pasando de un estado de guerra a la guerra fría. Si algo no le gustaba y me lo decía, yo hacía como si no me importase. Fui la mujer impasible. Tal vez nos fuimos acostumbrando la una a la otra, a la imposibilidad de ser otra cosa que lo que éramos. A fin de cuentas, me convertí en una mujer respetable, una profesora, una funcionaria que no debía nada a nadie.

De alguna manera mi madre había llegado a la conclusión de que la batalla contra mí estaba perdida. Su hija era un desastre, siempre lo sería, pero era su

hija.

Solo al final de su vida me preguntó por mi vida sentimental. Antes de eso no había existido para ella.

Semanas antes de morir, me pidió que comprara una sandía, una sandía bien dulce, de Lanzarote, para la madre de Carmen, mi pareja. Le dije que aún no era tiempo de sandías, que todavía estaban demasiado blancas. Insistió, quería que escogiese una buena sandía y se la llevase de su parte a la madre.

Aquel gesto me conmovió. Fue un mes antes de morir. A causa de la morfina, a veces deliraba; pero aquella mañana abrió los ojos, me miró y pensó en que su hija había encontrado al final el equilibrio.

—A ver si la guareces —me había dicho confiada.

Aquella sandía era todo un símbolo, un regalo de confraternización entre mujeres ancianas que no se conocían y a la que mi madre presentaba sus respetos.

No hablábamos demasiado cuando estábamos juntas. En realidad, no sabíamos de qué hablar. Sentadas en el patio de los helechos veíamos la tele en silencio. En algunas ocasiones me preguntaba o contaba sobre algún tema de actualidad que salía en la televisión, y luego volvíamos al silencio, al estar sin necesidad de decir nada.

Me limitaba a estar.

Mi presencia la acompañaba o, al menos, eso decía.

No era muy regular con las visitas, ni con las llamadas. Una vez a la semana era lo habitual.

—Por fin te acuerdas de que tienes una madre —era su respuesta habitual.

Luego la culpabilidad me oprimía e iba a verla unos días, pero casi siempre estaba sola, en aquella casa vieja y grande, a la que no renunciaba para irse a ir a vivir con alguno de sus hijos. Prefería su independencia, disponer de su espacio y su tiempo para ella sola, ahora que podía.

Pero su cuerpo se había hecho viejo demasiado rápido.

¿Por qué ahora que lo tenía todo, que podía hacer lo que quisiese, su cuerpo

no le ayudaba? Se quejaba cuando aún era consciente de sí misma.

Era injusto. Una gran putada, demasiados años. A pesar de eso, ella no se veía mayor, era solo su cuerpo el que se había deteriorado demasiado rápido.

Aprovecho para abrir la casa a la luz, puertas y ventanas abiertas, que entre la brisa fresca de la mañana, airear el horno que es esta casa. Por la calle vacía apenas pasan coches. Un hombre baja el morro atravesando el arenal de rocas y rofe.

Miro la calle con los ojos de mi madre, como la ve ella cuando sale a la puerta, cada vez menos, cada vez más recluida en la casa que se empeña en mantener cerrada a la luz.

Miro con sus ojos de anciana la calle desierta, el morro terregoso donde solo hay piedras y tierra, como dirá siempre con desprecio. Con el más absoluto desprecio que se le puede hacer a la tierra y a las piedras. Tierra por todas partes, arena minúscula del desierto que se cuela por todas las grietas, que se respira en el aire, que se posa en la cama y acaba metiéndose en la boca y en el alma.

Sus ojos cansados miran a hombres y mujeres desconocidos pasar por su puerta mientras suben la cuesta; seres anónimos, tan solitarios como ella misma.

Mi madre observa a los coches pasar, con gente apresurada, con un destino fijo y que no ve a la anciana que mira desde la puerta cómo pasa la vida sin ella, al igual que la tierra entra indefectiblemente en la casa.

Porque esta tierra solo es eso, tierra, arena que te asfixia y te cubre el corazón de fantasmas.

Los ojos de mi madre miran la vida pasar de largo, sin comprender demasiado su ritmo, sin importarle demasiado ya lo que pase. Por eso cierra la puerta, entra en su mundo, enciende el televisor y escucha el programa donde hablan todos de todo y de nada. De esta forma engaña a la soledad.

En los últimos años apenas salía de la casa. Su rutina diaria era acudir al

mercado, allí se demoraba lo que hiciese falta. La recuerdo detenida apoyándose en el bastón observando los estantes, analizando precios, comprobando extasiada las nuevas marcas, y apabullada ante tantos productos.

Era buena cocinera, le gustaba elegir los mejores alimentos: la carne de ternera lechal, el pescado fresco, la fruta del país. En la carnicería y en la pescadería ya la conocían. Sabían bien lo que aquella anciana exigente quería, ¡más le valía, si no querían recibir una sugerencia mordaz, una reprimenda irónica!

Esa era su rutina. Luego volvía a la casa, arrastrando el carro de la compra y subiendo la cuesta, debiendo detenerse cada dos pasos, agotada. Llegaba a la casa exhausta de aquel breve camino, descansaba entonces en el sofá, bajo los helechos. Al mediodía se incorporaba, comenzaba a prepararse la comida y encendía el televisor.

El mundo a través de la pantalla. Había otro televisor instalado frente a su cama. Desde allí veía el mundo pasar en forma de series o películas. A veces me hablaba de ellos como si fueran reales; tramas rocambolescas de películas que veía hasta bien entrada la madrugada. Yo la oía como si me importase lo que me contaba. Eran nuestras conversaciones: la televisión, las noticias de Telecinco.

—¿Pero esos catalanes qué quieren ahora?

Y yo debía hacerle una síntesis, una explicación comprensible.

La veo frente a mí con el traje largo, el jaique moro con el que siempre andaba en casa, con el yogurt y la pera para llevárselo a su cuarto.

La veo pasar mientras estoy tirada en el sofá, bajo los helechos; la veo caminar hasta su dormitorio, trastabillando el paso, diciéndome una vez más que apague la luz antes de acostarme.

Vivíamos en dos mundos que se alejaban, irreconciliables. A pesar de eso, éramos madre e hija.

En invierno dormía en la habitación pequeña junto a su cuarto; en verano prefería acostarme en el piso superior, donde podía hacerlo con las ventanas abiertas. Cuando lo hacía junto a su cuarto, me despertaba el sonido de la televisión encendida de madrugada o sus rezos encendidos contra Dios.

Hablaba con Dios desde su cama. No era una creyente al uso. No recuerdo verla acudir a misa habitualmente. La única ocasión que la vi acudir regularmente a misa fue una temporada con una vecina, Lola, una mujer enjuta y parlanchina. Habían adquirido la costumbre de ir a misa los sábados y luego acudir al bingo a echar unas partidas. Mi madre volvía entusiasmada si ganaba algún cartón, o despotricando y prometiendo no ir nunca más, si perdía. Jugaba siempre la misma cantidad, así no tenía ninguna tentación. Si ganaba, guardaba las ganancias aparte, era así de práctica. Esperaba impaciente esos sábados como si fuese la más devota de las mujeres. Después, la vecina enfermó, o el marido le prohibió seguir yendo al bingo, no lo recuerdo bien. Desde entonces mi madre no había vuelto a ir a misa. A pesar de eso, creía: tenía la fe práctica de los pobres. Dios era la compañía y el consuelo que le esperaba en la otra vida. Por eso, hablaba con él cada noche como si le tuviese una gran confianza.

—Señor, perdóname, si te he ofendido —comenzaba.

Yo la oía desde mi cama, con los ojos abiertos y sin poder dormir ya.

—Perdóname si he hecho o he cometido algún pecado.

Su voz se elevaba como si declamase ante un teatro vacío, preguntándole, rogándole, como si fuese un ensayo general antes del estreno. En el silencio de la noche su voz resonaba protestando, preguntándose por qué sus hijos la habían dejado de lado, por que San no venía a verla. En el silencio de la casa su voz resonaba teatral, trágica.

—Señor, ¿para qué quieres que siga con vida?

## OCTUBRE

El avión se revuelve en el aire, como una cafetera a punto de estallar, antes de posar la barriga sobre la pista de aterrizaje. Hay viento en la isla. Desde la ventanilla del avión contemplo la playa de arenas amarillas que pasa a gran velocidad ante mis ojos.

De nuevo a casa de mi madre. Sin vuelta atrás. No sé bien qué haré estos días, pero lo más probable es que ella ya me haya organizado la agenda.

Desciendo del avión combatiendo las ráfagas de viento y me dirijo a la salida. Nadie me espera. La empleada de la agencia de alquiler de coches me saluda como si me conociese, pero no logro reconocerla. Nunca sé de qué me conoce la gente. Sobre todo donde hace tanto que no vivo, donde ya no hay casi rastro de mí.

Conduzco, atravesando calles desiertas bajo un sol tórrido de octubre. Dicen que la ciudad es la parte menos bonita de la isla, pero a mí me gusta esta pequeña urbe abierta al mar y al sol. En los años de bonanza creció en nuevas edificaciones y se ampliaron y mejoraron algunas carreteras; pero la ciudad continúa manteniendo su parte antigua, sus viejas casas terreras y su aspecto fantasmal de antaño. La luminosidad que ciega en algunos días de invierno impresiona a los viajeros. La intensa claridad convierte a este espacio desolado del Atlántico en un lugar atemporal y mítico.

El sol inunda el morro de luz a estas horas del mediodía. Veo la mano de mi madre en la puerta entreabierta.

—¡Qué pronto viniste! —me dice a modo de saludo.

—Si quieres me voy y vuelvo más tarde —le respondo.

—No, pero no tengo la comida hecha.

—No importa, como algo de fruta ahora.

La música caribeña asciende a gran volumen desde una de las ventanas del edificio contiguo a la casa de mi madre.

—¿Y esa música?

—Son buena gente —escucho decir a mi madre—. Solo que oyen la música muy alta. Esta gente es muy amable, a veces me asomo a la ventana y miro para su balcón y la oigo. Otras veces la bajan porque piensan que me molesta, pero a mí me encanta su música.

Me sorprende esta confesión. Hace apenas unos años se quejaba de la cantidad de extranjeros que vivían en la isla, de que no conocía a nadie cuando salía a la calle Real; protestaba porque solo veía a extranjeros, moros, negros, sudamericanos. Le molestaban sobre todo los árabes.

—¡Qué quieres! —me confesaba—. A mí me educaron así, con el miedo al moro; de pequeña nos asustaban con ellos. ¡Qué viene el moro, que viene el moro! Decían los chicos en el pueblo.

Luego reía, como si aún oyera el grito de huida, el miedo ancestral.

Su miedo estaba en la sangre, en la historia de las invasiones piratas que arrasaron la isla durante siglos; en el temor heredado al otro.

Recuerdo cuando con dieciséis o diecisiete años llegué a casa acompañada de un muchacho, negro; me acompañó hasta el morro de mi casa. Mi madre, asomada en la ventana, nos había visto llegar juntos. Cuando abrí la puerta se abalanzó sobre mí, desencajada; hecha un basilisco se llevaba las manos a la cabeza.

—¡Con un negro, con un negro! —gritaba en el pasillo.

Yo no entendía todo aquel revuelo, toda esa tragedia por venir acompañada a casa por un chico negro.

—Es un amigo marinero —le explicaba.

Pero mi madre no se atení a razones. Se llevaba las manos a la cabeza y gritaba que la iba a matar a disgustos.

—¡Qué dirá la gente, qué dirá la gente! ¡Dios mío, por qué me has dado una hija así, señor, qué he hecho yo para esto!

No entendía nada. Pero había comprendido de golpe que había atravesado una línea prohibida: salir con un negro.

Para ella solo había un negro guapo y era Sidney Poitier en “¿Adivina quién viene a cenar esta noche? Pero mi madre no era Katharine Hepburn. Aunque mi padre tenía un aire a lo Spencer Tracy, en versión moreno y canario. Pero él no estaba en casa en esa ocasión, como no lo estaba casi nunca, porque se faenaba durante meses en la costa africana con otros hombres negros que se deslomaban como él tras el atún o la sardina.

A mi padre no le hubiese importado el color de mi amigo.

Pero mi madre era de interior, de un pueblo desértico y fiero, sumiso y aterrado en el oeste de la isla. Cerca de donde nació, había estallado tres siglos atrás el volcán, sepultando poblados y aldeas. Durante seis largos años, la lava discurrió por la isla creando nuevas costas y formando nuevos cráteres. Hasta que se detuvo, cerca de su pueblo, y se erigió allí mismo la ermita de los Dolores en Mancha Blanca, por lo que gran parte del suelo es malpaís, tierra volcánica, incultivable.

¿Qué parte del miedo al volcán heredó mi madre? ¿De qué manera nos condiciona el paisaje, las catástrofes, la pobreza, la ignorancia, a cada uno de nosotros?

¿Hubiese sido diferente de haber aprendido en la escuela del mar como mi padre?

También entre los blancos había clases para ella. Estaba la gente “del puntito blanco”, es decir, la clase acomodada: comerciantes y cuatro terratenientes; y estaban los otros, los pobres, donde nos incluíamos nosotros. Distinguía de esta forma a las personas: cuanto más blanca eras más posibilidades económicas podías tener.

Mi madre tiene la piel blanca. Mi piel, en cambio, es morena; probablemente corra sangre mestiza de alguna invasión berberisca por mis venas, por lo que mi sobrenombre en la familia era “la negra”.

—¿Dónde está la negrita? —preguntaba mi padre cuando llegaba de sus largos viajes en la costa.

—En el morro jugando —respondía mi madre.

Y luego le lanzaba una mirada de cariño y reproche a un hombre extraño, salido de la nada, un vagabundo errante que llegaba a ocupar su casa y su

cama. Mi padre, el de la piel curtida por el sol, el pelo revuelto, sin afeitarse y oliendo a mar y a pescado por todos los poros.

—No tomes tanto sol que te encachasas —me repetía mi madre.

Encachasar era volverse moreno por el sol. Si algo estaba encachasado estaba negro, desgastado, sucio.

Yo era morena encachasada, y contra eso nada podía hacer mi madre.

*—La única fiesta que había era la de los Dolores y la fiesta de San Roque. A la verbena íbamos a bailar, con mi madre que nos acompañaba. A tu padre lo conocí en la fiesta de San Roque. Vino a la casa con mi cuñado Francisco, su amigo. Se quedaron en el granero, en un cuarto que tenía allí tu abuelo, con paja y las cabras. Se quedaron a dormir allí, los dos, con una borrachera... Me acuerdo que mi madre me dijo, lo recuerdo como si lo estuviera viviendo: ¡chacha, camina derecha que ese hombre te está mirando a las piernas! Y yo le dije: ¡bah! Yo era una chinija, no lo pensaba.*

*Es que yo a tu padre no lo quería. Lo digo con la boca llena. ¡No lo quería!*

—¿Qué hacía en la fiesta?

*—En la fiesta, bailar, bailar, como un loco, vuelta y vueltas y vueltas, y yo corriendo escondiéndome para no bailar más con él. Pero él seguía. A mí me daba vergüenza, me daba apuro; o me escondía y él me perseguía. Así fue como empezó. Él me escribía, luego se fue al cuartel, y me escribía.*

—¿Y qué decían las cartas?

*—Yo no sé ni qué decían, yo no sabía leer ni escribir, y mi tía Juana, la hermana de mi madre, le respondía las cartas por mí. Yo quería aprender a escribir para decirle que yo no lo quería. Pero no lo hice porque no sabía.*

—¿Y por qué no se lo dijiste?

*—Lo intenté. Estaba intentando aprender para decirle que no me escribiera, que él a mí no me gustaba. Que no, que no me escribiera. Que yo no tenía novio, pero que él no me escribiera.*

—¿Y por qué no lo hiciste?

—¿Por qué no lo hice? Pues porque no sabía.

- ¿Y por qué no le pediste a tu tía que le escribiera eso?*  
—*Porque si no me matan, mi madre quería echarnos a todas fuera.*  
—*¿Pero, por qué? ¿No había sitio en tu casa?*  
—*Sitio sí había, lo que no había era para comer.*

Mi madre duerme. Ausente, lejana, como si estuviese lejos, en otro país al que no tengo acceso. La miro desde mi altura, la observo detenidamente. Contemplo el vaivén de su cuerpo yacente, olvidado sobre el sofá y los pies apenas cubiertos hasta la rodilla por una pequeña manta. Me detengo en su vientre y lo contemplo bajar y subir, rítmicamente; una esfera de carne y sangre donde un día estuve. No veo su cara. Su brazo blanco, ya flácido, rodea su rostro alejándose de la pobre luz que aún guarda el mediodía en el cuarto. Parece muerta. O una niña como yo, encogida en su miedo.

Es en este estado cuando mi madre recobra la humanidad que la vigilia le niega. Ahora puedo verla en toda su grandeza y pequeñez, desmadejada. Acercó mi dedo, avanzo despacio hasta su brazo y, suavemente, la toco, como si quisiera comprobar que está viva, que es real y no está muerta. Esto me da una extraña seguridad y cierta tristeza.

Miro de nuevo su vientre subir y bajar, donde una vez estuve. En una ocasión me confesó que nunca quiso ser madre.

—A partir de la tercera ya no quería más —me reveló entre risas.

Aquella vez no entendí por qué me decía todo aquello. Sentí lástima de aquella mujer desconocida que era mi madre, a la que ni el tiempo ni las circunstancias en que le tocó vivir la ayudaron; porque le siguieron naciendo hijos unos tras otros en este vientre que miro ahora.

—Lo intenté, me golpeaba el vientre y saltaba de todas las sillas, saltaba las escaleras, pero nada. Ustedes se agarraban como garrapatas —contaba estallando en una gran carcajada.

Recuerdo a mi hermana pequeña junto a mí en la cama, reza, con el mismo apasionamiento que lo hace ahora mi madre. Pero ella lo hacía llena de rabia para que mi madre se muriera. Apretaba con rabia los labios y musitaba la

misma letanía cada noche: “que se muera, que se muera esta noche y ya no esté mañana”.

Mi hermana desataba su dolor rogando mientras que yo me evadía soñando otra vida antes de caer dormida. Soñaba con tener otra madre, una mujer hermosa, dulce y cariñosa que tuviera el rostro de Gina Lollobrigida, en las aventuras de Pinocho.

En aquella época lejana de la infancia también soñaba que volaba. Sucedió siempre igual: me veo en el sueño a mí misma subiendo a la azotea, encaramándome al pretil y corriendo por él sin miedo hasta el final. En un momento tomo impulso y me lanzo al vacío con los brazos en aspa. Es de noche. Vuelo. Realmente vuelo. O eso siento al planear sobre la ciudad. Siempre es de noche en la ciudad. Pero no tengo miedo.

Vuelo sobre las azoteas de las casas bajas de Arrecife. Veo sus calles oscuras, asciendo esquivando graciosamente los cables de los postes de luz. Subo en vértigo hacia arriba, muy alto, muy alto, tanto que temo no poder volver, como cuando te sumerges muy profundo en el mar y temes no tener aire suficiente para regresar.

A veces, por placer, cierro los brazos y aterrizo suavemente en las azoteas de las casas bajas de la ciudad. Camino sobre sus techos blancos, me asomo a mirar por las ventanas de los patios de luz.

Soy una ágil voladora: planeo, hago esos en el aire ondulante, y cierro los brazos cuando quiero descender hasta el suelo.

Ya no vuelo, hace tiempo que dejé de volar o soñar que volaba.

## NOVIEMBRE

Cuando era pequeña mi madre me pegaba. Me golpeaba tan fuerte que a veces rompía objetos en mi cabeza: el palo del cepillo de barrer, zapatillas voladoras, o cualquier cosa que tuviese a mano.

Era la pedagogía antigua.

Yo era la peor, la peor de todas, según ella. Una niña inquieta, con una energía imparable que debía agotar a mi madre ya de por sí exhausta. Debí ser desobediente, rebelde; mi madre, por su parte, me gritaba que estaba endemoniada o tenía el mal de San Vito, que debía ser un santo que no se estaba quieto nunca; y debía ser castigada. Huyendo de los golpes me metía debajo de la cama o detrás de la puerta; pero mi madre seguía ahí, insistente, repetitiva, una y otra vez blandiendo su puño, la zapatilla o el palo de fregar como metodología.

Era a mí a quien golpeaba con especial ahínco.

Yo, la peor de todas, como Sor Juana Inés de la Cruz.

Sin embargo, algo exasperaba a mi madre más que mis travesuras: mi sonrisa provocadora ante los golpes la enervaba sin medida y continuaba atizándome con más rabia.

Era el pan de cada día, sin concesiones, sin posibilidad de restitución ni réplica. Solo mi sonrisa exultante bajo los golpes.

La pobre victoria de los vencidos era no dejarse ver vencido.

Era la costumbre heredada, ella también había recibido buenas gentinas. “Gentina” un bonito y desconocido sinónimo de una acción cruel y vejatoria.

Ya nadie lo dice, salvo mi madre.

La violencia se hereda, como el color de los ojos o la forma de las manos. Mi madre la heredó de sus padres, y probablemente sus padres de mis abuelos.

Y sin embargo, no recuerdo una infancia infeliz. Más bien, no la recuerdo.

Algunos retazos, pequeños escorzos de la memoria. Hoy pienso qué pude hacer para llevarme tantos golpes y con tal entusiasmo, y no logro recordar ninguna hazaña especial.

Padezco de una amnesia selectiva. Al parecer es un hecho común ante los sucesos traumáticos. Una especie de caparazón defensivo ante el sufrimiento.

No tener memoria, en ocasiones, es una especie de bendición.

Recuerdo levemente las peleas entre mi hermana Eva y yo. Debían ser a menudo. Como consecuencia de ellas, era también frecuente que mi madre mediara en la disputa con una salomónica solución: aporreándonos el cerebro a las dos.

Mi hermana siempre lloraba. ¡Qué talento para la interpretación más malogrado!

Tenía la astucia de comenzar a llorar cuando veía que la pelea estaba ganada a mi favor, y justo en el momento exacto en que mi madre pasaba por su lado. En ese momento entraba en escena la artista que siempre fue y comenzaba la función.

El final era siempre predecible: una buena gentina bajo la cual inútilmente intentaba convencer a mi madre de que la pelea la había empezado ella. Lo que más dolía en el epílogo de este sainete era la sonrisa sardónica de mi hermana contemplándome bajo la lluvia de golpes.

Mi madre era una mujer sabia: pensaba que poco importaba quien hubiese empezado la pelea si la que la continuaba era yo, tres años mayor que mi hermana. En su inconmensurable sabiduría, sabía que había en mí un carácter indómito que había que moldear o frenar.

Era tal su confianza en esta pedagogía que trasladó su convencimiento a la maestra de mi escuela. Y allí acudía siempre que la ocasión lo requiriera, vestida de negro, doblándome en altura y anchura, con los brazos en jarra y las piernas separadas.

Si se porta mal, pégueme, le decía; con lo que había días en que recibía porción doble, en la escuela y cuando llegaba a casa.

Mi madre se tomaba muy en serio nuestra educación. La semana de la entrega de notas era especialmente penosa. Ahí estaban mis tres o cuatro

suspensos en la cartilla inmaculada y mi cuerpo contra las cuerdas del ring a punto del *kaō* técnico. No aprovechar en los estudios, para ella que no pudo ir a la escuela, era algo intolerable. Si nos golpeaba era por nuestro bien, nos decía luego arrepentida, para que aprovechásemos lo que ella nunca tuvo y poder “llegar a ser alguien en la vida”.

No era en absoluto descuidada y tenía un gran sentido del deber. Nunca faltaba en la mesa un plato de potaje o una ropa limpia para ir al colegio. A mi hermana más melindrosa con la comida se lo solía servir sobre la cabeza cuando se resistía a comérselo.

No. No era un monstruo; era solo una mujer de la época, desbordada por las circunstancias. Llevaba el peso de la casa y nueve hijos, con un marido en la mar y una incógnita por despejar: cómo llegar a fin de mes con tantas bocas que alimentar.

Mi madre quería que fuésemos mejores que ella, a base de conocer lo peor de la vida de su mano y desde el principio.

*—A mí en realidad me gustaba otro de Tinajo pero era “del puntito blanco”. Mi hermana me decía: ese no va a hablar contigo porque es gente mejor puesta que nosotros. Pero a mí no me gustaba sino ese. Luego se echó una novia que era más fea que yo.*

*—¿Por qué no se lo dijiste?*

*—Antes no podía una mujer decirle a un hombre nada, si no eras una puta. Había otro que también estaba loco por mí. Pero él me echaba el ojo y yo como si nada. Se entusiasmó tanto conmigo que fue hasta Tinajo a buscarme. Cuando lo vi estaba con mis primas, y yo como si nada, sin hacerle caso. Yo era una niña y estaba todo el día con las amigas, corre para un lado corre para otro. Me pidió bailar pero yo le dije que no bailaba, que no bailaba. Lo corría, diciéndole que se fuera, y mi madre dándome puntapiés por detrás para que no lo corriera. Como vio que no le hacía caso cogió la guagua y se vino a Arrecife. Mi hermana me dijo que eso era un desprecio, lo que le había hecho con aquel hombre. ¡Mi madre quería*

*echarnos a todas como fuera! Ese hombre todavía está vivo. Después, tu padre se embarcó con él en la sardina y llegaron hasta dar hasta dos viajes juntos. Las vueltas de la vida.*

Mi padre era marinero, trabajaba en los sardineros o atuneros navegando durante meses por las costas africanas. Sus estancias en casa siempre se hacían demasiado cortas. Cuando llegaba de navegar después de estar nueve meses en el Río del Oro, o en Cabo Blanco, los hijos más pequeños se escondían de ese hombre desconocido que entraba por la puerta.

Mi madre lo cuenta y se ríe, a carcajadas, como solo ella se ríe de las desgracias.

Sucedía siempre así: un día cualquiera se abría la puerta y aparecía mi padre con una sonrisa abierta de par en par, la cara quemada por el sol, cargando al hombro un saco de arpillera repleto de pescado seco, de arañas y pejines; y todo se volvía una fiesta para nosotras. Tengo grabado en mí ese olor a pescado, a salitre y a sudor salvaje, a veces bravo y fiero, otras dulce. Un olor de niño grande que sonreía mucho y hablaba poco.

Mi madre lo odiaba, sobre todo porque cada vez que regresaba del mar le hacía un hijo nuevo, como si los trajese arrojados del fondo del mar.

Pero mi padre sí la quería y para poder soportar su indiferencia mi padre se emborrachaba nada más llegar en los bares del puerto o de las Cuatro Esquinas. Entonces regresaba a casa borracho, repartiendo dinero y nos contaba historias que pasaban en el barco, como cuando tuvieron que cortarle un trozo de carne para ponérsela en el brazo porque se clavó un anzuelo.

Son pocos los recuerdos que tengo de él. Algunos paseos breves un domingo por la ciudad, en agosto, cuando regresaba para las fiestas de San Ginés, el patrón de la ciudad.

Cuando se jubiló, después de más de cincuenta años, se volvió turbio y triste como un expatriado. Dentro de la casa no sabía donde estar. Se había habituado tanto a no estar que no encontraba qué hacer ni qué rol tomar, pues mi madre los había adquirido todos. Para paliar la nostalgia del mar solía

coser redes de pesca en la azotea o dar largos paseos hasta el final de la calle Real, frente al Puente de las Bolas, donde se encontraba con viejos marineros jubilados como él; o daba vueltas por el muelle para ver llegar a los barcos.

Años después de morir, mi madre soñó que mi padre la llamaba desde el otro lado para que se reuniera con él.

—Yo le decía que no quería irme, que me dejara en paz, que ya me iría cuando me tocara —me contaba angustiada, abriendo los ojos como si al decirlo reviviera el miedo de que el sueño tuviese un atisbo de verdad.

Si mi padre viviese vendría a este puerto como lo hago yo ahora. Paseo contemplando los viejos barcos fondeados, los antiguos atuneros desgastados, la pintura deshecha, los mástiles caídos como esqueletos de un tiempo que no vendrá más. Respiro el olor a salitre, a pescado, al sudor de mar que traía mi padre impregnado en su ropa al volver de la costa.

Recuerdo aún los nombres de los barcos: Playa Bermeo, Cruz del Mar, Cabo Blanco. Puedo ver la sal y el óxido sobre la pintura de los barcos; los brazos fuertes y musculosos de los hombres descargando las cajas de pescado, el hielo y las bocas de los peces de ojos brillantes en cajas de plástico blanco. La alegría del encuentro. Los marineros saltan con agilidad de la dársena al barco, sin escalas de madera. El barco se balancea y yo miro aterrada el agua oscura.

Mi padre me llama para que salte hasta el barco. Pero yo tengo miedo de caer al agua en esa oscuridad negra que hay debajo.

—Salta, me grita padre.

Pero no me atrevo, porque sé que hay que esperar a que la mar, en su movimiento, acerque el barco a la dársena. Tengo miedo, temo no poder llegar a tiempo y ahogarme en este mar turbio del puerto. Este miedo me paraliza. Vacilo, mi padre observa la indecisión en mis ojos. Entonces veo cómo salta hacia mí, me levanta en brazos para cogerme y me lleva de un salto al barco.

Camino bajo el sol, dejo detrás de mí la fábrica de Lloret y Linares, donde iba a parar la mayor parte del pescado con el que rellenaban las latas de

conservas de sardinas para hacer la harina de pescado. En ocasiones el hedor que exhalaba la fábrica se extendía por toda la ciudad, una emanación intensa que el viento llevaba hasta el molino y las casas, un olor penetrante que bajaba del morro y se quedaba en el aire durante horas.

Una vez que dejaron los barcos de faenar en las costas del Sahara y no hubo pescado que abastecer, la fábrica se cerró para siempre.

El puerto de Arrecife permanece vallado. ¿A quién se le ocurrió poner un muro al puerto? Alguien, dicen, se llevó mucho dinero con la construcción de estos muros feos de hormigón. Pero nadie protestó. A fin de cuentas, ya no quedaban barcos pesqueros, ni marineros en el puerto. Por eso cerraron el muelle, para impedir el paso a la gente, a las parejas que se acercaban en los coches y se besaban en la oscuridad; a los viejos marineros nostálgicos; a quienes, como yo, acudíamos nostálgicas a recordar cuando los barcos atracaban y los vecinos se acercaban hasta allí para verlos.

Pero ya nadie se acuerda de los barcos pesqueros. Por eso cerraron el muelle.

*—Elegí al peor. A tu padre. Pues, como dicen, el hombre, cuanto más sinvergüenza, las mujeres se vuelven más locas. Me conquistó. Fue a hablar con tu abuelo de Tinajo a pedir la mano. Le dije: padre, Antonio quiere hablar con usted. Así fue.*

*—¿Cuánto duró el noviazgo?*

*—El noviazgo duró muy poco porque se iba a la mar.*

*—¿Cómo te casaste?*

*—El traje de novia me lo hizo la zapatera: de raso, lo brillante para dentro y las flores con el brillante del raso por fuera. ¡Precioso! Después de la boda fuimos al Mercantil y a la Democracia, y todo el mundo tenía que ver con el vestido.*

*—¿Cómo era?*

*—Por debajo de la rodilla, corto. Fuimos caminando de mi casa a la*

*iglesia de San Roque. Después no tenía ni zapatos. Tu padre me llevó unos zapatos regalo de su madre, de mi suegra, rojos. El traje blanco y los zapatos rojos. Ese fue el regalo. Después el vestido no tenía ni combinación. Se la pedí prestada a mi prima para ponérmela. La boda se celebró en Tinajo. En la casa de mi madre. Allí nos reunimos los amigos de tu padre, mis hermanas, con un acordeón. La fiesta aguantó hasta las siete de la mañana. Nos quedamos tres días allí en casa de mi madre, y tu padre que estaba loco por venirse a Arrecife.*

## DICIEMBRE

Semanas antes de Navidad mi madre enfermó gravemente. Había sufrido una caída. En mitad de la noche se golpeó con la mesa de noche y perdió la conciencia. Las llamadas insistentes de mi hermana la acabaron despertando. Entonces comprobó que su cuerpo no le obedecía ni alcanzaba a tomar la fuerza ni la consistencia necesaria para levantarse. Cuando pudo incorporarse para abrir la puerta, mi hermana la encontró lívida, como un fantasma, tenía un hematoma en la frente y el rostro ensangrentado.

—¿Qué te ha pasado?

—No sé, amanecí en el suelo.

Entonces la ambulancia, el hospital, el escáner, el derrame y mi madre ingresada en el servicio de Urgencias del hospital General. Le realizaron varias pruebas y el diagnóstico quedó solo en un susto y volvió a casa. Pero la alegría duró poco porque a los dos días sintió mareos y tuvo que volver al hospital. Esta vez querían trasladarla al hospital viejo, como lo llamaban, y a donde llevaban a todos los ancianos.

Mi madre se negó. No pensaba ir allí, en aquel lugar solo iban a parar los desahuciados.

—No —repitió tajante—, allí había muerto su hermana y su madre. Si tenía que morir, que fuera en su casa.

Intentamos convencerla por todos los medios de que no podía volver a la casa y vivir sola; necesitaba estar con una mujer veinticuatro horas. No existía forma de persuadirla, cada uno de los hermanos librábamos una batalla con ella para que al menos aceptara convivir con una interna. Pero mi madre se negaba a que alguien estuviese en su casa todo el día sin hacer nada y comiéndose su comida, era impensable para ella.

Sin embargo, después de la última caída no tuvo más remedio que resignarse y aceptar ser trasladada al hospital viejo.

Finalmente la convencimos entre todos para que al menos tuviese a una mujer que la acompañase durante unas horas al día. Pero el carácter de mi madre no era fácil de llevar, y las mujeres que la cuidaban tampoco duraban mucho.

Todo esto me contaba mi hermano Frank, camino al hospital viejo. El antiguo hospital se encontraba frente a la escuela de pesca, cerca del muelle. En la entrada, en la puerta principal, un grupo de ancianos en sillas de ruedas o sentados en los bancos de madera tomaban el sol.

Mi hermano me depositó allí y se fue. En la recepción un aburrido conserje me indicó el camino. Subí los peldaños hasta la primera planta, atravesé el pasillo de baldosas gastadas y la vi dormía boca arriba, a su lado había una anciana inmóvil en la otra cama. La habitación tiene una ventana de madera verde deslavazada desde donde se divisa el mar. En el horizonte hay algunos barcos fondeados.

—¿Mamá?

Mi madre abre de pronto los ojos.

—¡Ay, Nievitas, viniste! ¡Ya estoy en las últimas!

En el lado derecho de su cara tiene un enorme hematoma y el vientre parecía más abultado que nunca, recuerda a un pequeño buda panza arriba.

—¡Estás hinchada! —exclamo, poniendo mi mano sobre su vientre.

—¡Ay! ¡No me toques, que me duele!

—¿Y no se lo has dicho al médico?

—Unas cuantas veces.

Respira con dificultad, hablar le debe resultar un gran esfuerzo.

—¿Cuánto hace que no vas al baño?

—Ni sé cuánto tiempo.

—Aquí estás bien —le digo para consolarla—. Voy a ver si hablo con la doctora.

—Yo creo que son una secta, que lo que quieren es cargarse a los viejos.

No hacía falta que le preguntase a qué se refería.

—¿Eso qué es, un hombre o una mujer? —me pregunta señalando a la mujer dormida que está a su lado.

Miro el rostro de la anciana, no queda en ella ninguna distinción de género; la piel arrugada como pergamino y los labios apretados le dan una languidez pétrea. Es una mujer. Respira porque su cuerpo respira, pero ella no está. No quiere estar, por eso cierra los ojos, porque no quiere abrirlos, como un niño que no quiere ver. Nada de lo que existe aquí le interesa. Por eso cierra los ojos, espera que con la fuerza de su deseo se cumpla.

—Parece una mujer —le digo finalmente.

Corro la cortina que la aísla de la cama de mi madre. Cuando salgo a buscar a la facultativa le toco la frente, la mujer entreabre apenas una fina línea en los ojos. Luego los vuelve a cerrar, como una niña que quiere dormir y le molesta la claridad.

La doctora llega tarde, habla precipitadamente.

—Hay demasiados niveles de infección en la sangre —me dice con gesto preocupado—, vamos a llevarla al Hospital General para hacerle más pruebas.

La doctora se disculpa, no ha podido venir antes, estaba ocupada pasando consulta. Ha llamado a Urgencias del hospital para que le hicieran una radiografía. En menos de media hora viene la ambulancia y se la llevará al hospital General.

Ha vuelto a salirse con la suya.

Nacer, morir, en realidad todo se reduce a eso; lo que sucede en medio es solo un aprendizaje para enfrentarnos a este hecho.

Urgencias es un campo de guerra. Las camillas se acumulan en los boxes separados por cortinas. En uno de ellos está mi madre. Tiene un tubo en la nariz y no le queda una vena más donde no le hayan pinchado. Lleva una sonda en la mano derecha con suero y otra en la mano izquierda con antibióticos. O al revés. No sé, todos estos monitores, cables y tubos me parecen iguales. Mi madre está tendida en la camilla, con un camisón abierto a la espalda que le deja descubierto parte de un hombro. Tiene el gesto adormecido y un rictus de

dolor en el semblante. Debajo de la sábana blanca, su vientre redondo e hinchado se mueve despacio.

Por eso sé que no está muerta.

Las enfermeras y las auxiliares van de un lado a otro, tomando pruebas, abriendo venas que se esconden, metiendo sondas en la nariz que se resisten. Mi madre se lamenta con voz de niña. Tiene una sonda en la orina y otra en la nariz; una bolsa amarilla cuelga de la cama. Estoy sentada frente a ella.

Han intentado hasta cinco veces ponerle la sonda nasal; protesta, resiste, sufre, finalmente lo consiguen.

—Llama a la chica para que me quite esto que me molesta —me dice nada más salir la enfermera, señalando la sonda que tiene incrustada en la nariz.

—Mamá, tienes que dejártelo un poco, es para sacarte lo que tienes en el estómago; no hay otra manera.

—Pero para que me lo coloque, me tropieza con la piel, me molesta en la garganta.

No puedo hacer nada, pero tampoco soporto verla sufrir. Cuando se tranquiliza salgo a hablar con mis hermanos.

Las horas aquí son lentas. Nos turnamos para venir y esperar a las horas de visita. Esperar sentados es lo único que hacemos, esperar para saber lo que dicen los médicos. Todos, menos San.

—Tiene unos niveles altísimos de infección en la sangre —me confirma la doctora. No me gusta nada su barriga. La vamos a subir a planta para tenerla más controlada.

En el pasillo le ruego que me diga verdad, quiero saber lo que tiene. Alza los hombros:

—Edad, mucha infección de sangre, hay que ver de dónde viene, pero ya está mejor, le ha bajado algo —me consuela.

Regreso a la casa cerca de las once de la noche. San no ha aparecido por el hospital, ya nadie le espera. La casa vacía huele a helechos.

—Después de la boda nos fuimos a Arrecife, y tu padre cuando llegó se fue como cochino a la mierda a emborracharse. A mí no me daba sino por llorar, llorar. ¡Era un borracho! ¡Tu padre! ¡Tu padre cuando llegaba se gastaba la mitad del sueldo en borracheras! Luego ya desperté con el tiempo y dije bueno... ¿para qué me casé yo? Para pasar más hambre de la que pasaba en mi casa, para eso me hubiera quedado en la casa. Estaba borracho, un día sí y un día no. Cuando estaba en la casa salíamos, íbamos al cine. Porque era un veleta. Tu padre ganaba, a lo mejor, diez mil pesetas y se gastaba la mitad en borracheras. Estuvo una vez ocho meses en el Río de Oro, ocho meses cuidando el barco de su padre. Ocho meses, sin dinero ni nada. Yo tenía a los niños chicos que se escondían. Lo veían venir y se escondían porque no lo conocían.

Yo he pasado muchos trabajos. Una vez pensando en el dinero que había ganado se fue al Rancho con un tal Gregorio. A la casa de las putas. Tu padre era para escacharle la cabeza. Orgulloso porque había ido y se había gastado las cuatro mil pesetas. Yo he sufrido mucho en esta vida. Tengo recuerdos muy malos. Tengo el corazón duro, quemado, quemado. Lo que pasa es que lo que no se dice no se sabe. La que lo pasé fui yo.

Anoche soñé que me escapaba de mi casa como cuando era niña. Fue un sueño angustioso, sentía la opresión de estar encerrada en la casa. Nos encontrábamos en una habitación reunidos con otras personas que no reconocí. Nadie podía salir de la casa. Lloraba en sueños, quería escapar, irme de allí.

Por eso lo hice, lo sé hacer desde hace tiempo. Suelo reconducir mis sueños y pesadillas hasta un final feliz. No siempre lo consigo, pero esta vez sí, subí hasta la azotea cuando nadie me veía y me escapé. Me llevé conmigo la hucha, me puse un chándal y unas playeras, descolgué por el muro como cuando era pequeña y bajé por una cuerda a la calle.

Era de noche y, como en casi todos mis sueños, las calles estaban desiertas y oscuras; pero no tenía miedo, me sentía libre y corría lejos de la casa.

Me desperté en la cama de mi madre. Tomé un café y una ducha y salí al hospital. Habían pasado a mi madre de Urgencias a planta, seguía en la misma postura que la dejé: tendida en la cama boca arriba, los hombros desnudos y la piel traslucida. Llevaba puesta una mascarilla para la respiración que resonaba en toda la habitación.

La enfermera me informó nada más llegar que había pasado muy mala noche: se asfixiaba, había tenido que venir un médico de medicina interna. Pedí hablar con él, pero en la planta de cirugía solo había enfermeros y auxiliares.

Miré a mi madre: el gesto demacrado tras la mascarilla, los brazos amoratados por las agujas. La enfermera me confesó que se habían olvidado de extraerle sangre, que lo harían en breve.

—Tengo que quitarle la mascarilla media hora para poder sacarle sangre, me dice la enfermera.

La dejo trabajar y salgo al pasillo que recorro de arriba abajo como un prisionero. En ese momento veo una bata blanca tras el mostrador de la entrada. Es el cirujano. Me dirijo a él. Habla muy deprisa, como si quisiera deshacerse de las palabras o desdecirse de ellas una vez dichas.

—Tú madre no tiene nada de estómago, tiene problemas de respiración y de tensión alta. Ya he tenido una intercomunicación con un internista para que la venga a ver; pero ella no debería estar en esta planta, aquí no se le puede hacer nada.

—Pero tiene el estómago tan inflamado... —balbuceo.

Me mira con displicencia, como si fuese inútil explicarme, como si fuésemos imbéciles el resto de los mortales.

—Ya hemos pedido que la suban a medicina interna —dice por toda respuesta.

Vuelvo al cuarto, la enfermera me ve tan desolada que me confiesa casi en secreto que podía aprovechar y subir a la segunda planta para hablar con el internista.

Asiento, aprovecho que mi madre parece dormir para subir a la planta superior. Subo las escaleras y llego a la planta con la misma estructura que la

anterior: un pasillo repleto de habitaciones y enfermos. Le pregunto a una auxiliar que me ayuda a encontrarlo. El médico aparece finalmente, tiene acento alemán.

—Su problema es de cirugía —me anuncia para mi asombro—, no la vamos a admitir como paciente en esta planta.

Le explico que el cirujano acababa de decirme justamente lo contrario.

—Lo siento, no la vamos a admitir aquí, debe estar donde está, en la planta primera —responde alzando los hombros.

Vuelvo aturdida a la habitación de mi madre. La enfermera me pide ayuda, tiene que volver a cogerle una arteria. Tomo la muñeca de mi madre y presiono su arteria. No quiero que me vea llorar, por eso giro mi cabeza hacia la puerta.

—Esto le va a doler un poco, señala.

Mi madre emite un gemido casi inaudible. No tarda en dormirse. Aprovecho entonces para salir y llamar por teléfono a mis hermanos y contarles lo que sé: nada.

Les digo que voy a poner una reclamación a la atención del paciente. He aprendido a volcar en rabia el dolor, como mi madre.

Mientras camino hacia las oficinas, oigo sus palabras:

—A los viejos nadie les hace caso. Los médicos se lo pasan uno a otro, como una pelota de tenis.

En cierta manera hay algo de verdad en su sentencia. A su edad, ningún médico se arriesga a operar. Pero podían al menos decir la verdad, confesar que ya es inútil cualquier operación, informar a la familia de lo que tiene.

Me veo escribiendo y presentando la reclamación como si estuviera fuera de mí.

Hace más de una semana que estoy aquí, encerrada en el hospital, viviendo el horario de los auxiliares y médicos, esperando en medio de las papillas, las diarreas, las medicinas, las sondas y las agujas, y la incertidumbre de no saber.

En Nochebuena mi madre estalló de indignación ante el cirujano que le negó el alta. Quería volver a su casa, comer comida decente.

—Sí —le gritó cuando se daba la vuelta para salir del cuarto—, ahora usted se va a su casa a comer bien. ¿Y a mí qué? Aquí, comiendo agua de borrajas.

Debí darme la vuelta para no reírme. Genio y figura. Agua de borrajas. El sentido del gusto no lo había perdido, añoraba comer bien, era lo poco que le quedaba. Pero ese día de Navidad ninguna de las dos lo hizo. Mis hermanas me invitaron a cenar en su casa; pero yo solo deseaba llegar a la casa y descansar. Mi cena fue también frugal: un sándwich de jamón y queso en la cafetería del hospital.

Pasamos muchas horas en el hospital, mis hermanos y yo, menos San. Nadie sabía por qué no venía. Andábamos todos un poco trastornados, agotados por las horas de vigiliyas y más preocupados aún por encontrar a una chica interna para cuando volviera a casa.

Le darían el alta en unos días.

—El médico me ha dicho que tengo la piel de cebolla —me cuenta esta mañana.

Era cierto, tenía una piel fina y suave como la de la cebolla. Un enfermero la acomoda en la cama.

—Tiene que incorporarse más para dormir, así respirará mejor —le señala.

—Yo soy de la raza de las \*perenquenes<sup>[1]</sup> —le responde riendo—, que les gusta dormir en horizontal.

—Sí, pero lo mejor para usted es dormir incorporada —insiste.

—Pero a mí no me gusta verlos —continúa sin hacer caso al enfermero mientras este le revisa las vías —el otro día había uno en mi casa, en el suelo.

—Pues yo los tengo en mi casa, y los veo y no los mato. Se comen a las moscas.

—Es que me dan miedo —protesta abriendo mucho los ojos.

—Yo lo único que quería es que ustedes fueran más que yo, que fueran alguien, por eso siempre iba a todas las reuniones del colegio. Aunque no me llamaran, yo iba. Iba a ver cómo iban, cómo no iban. Yo no sabía; y me gustaba que mis hijas fueran más de lo que yo era. Eso era lo único que yo quería: que mis hijas fueran más. Porque yo tengo una pena cuando me hablan de una cosa y yo digo: pues no lo sé. Pero el saber no ocupa sitio y la edad tampoco. Por eso me puse a sacarme el carnet de conducir; me decían: tú no lo vas a sacar. A tú edad. Casi sin saber leer. Pues lo saqué. Y les di por los besos a todos, a todos los que no pensaban que lo fuera a sacar, a tu tía Felicidad, al hijo de Margarita, a todo el que se rió de mí cuando les dije que me iba a sacar el carnet. Pues lo hice, me saqué el carnet de conducir con más de cincuenta años. Todo es ponerse.

## ENERO

Madre, he venido cuanto antes. Se ha retrasado mi vuelo y no he podido llegar hasta ahora. Le he dicho a la chica que se vaya a cenar, lleva todo el día en esta habitación de hospital que ya me es familiar. Las enfermeras me saludan al pasar.

—De nuevo aquí, me dice la auxiliar de pelo rojo.

—Sí, otra vez.

Y he caminado como si me urgiera llegar hasta el cuarto donde duermes.

He vuelto para desdecirte: ¿te acuerdas lo que me dijiste el último día? Volverás para mi entierro. Ya ves, aún me tomo en serio tus amenazas. Pero no ha sido así. Sigues ahí, dormida como cuando te dejé, respirando con dificultad, pero viva.

Sé que no puedes oírme, pero necesitaba hablarte, porque tú y yo, hay que reconocerlo, no hemos hablado mucho. Y sin embargo, desde que has entrado aquí, desde que sé que te mueres, todo ha tomado de pronto una urgencia extraña, como si necesitara de ti, incluso más de lo que tú necesitas de mí; y siento el apremio de conocer a esa otra madre que se está yendo y que desconocía. Te has ido convirtiendo en otra, deshaciéndote capa a capa, como una cebolla, de todo lo vivido, para volver a ser de nuevo la pequeña que fuiste.

La mujer dura, la mujer tierra, se ha deshecho de todas sus pieles, y vuelve a la infancia, a la niña que nunca dejó de ser.

Tu cuerpo debió pensar que ya no hacía falta luchar más, así que abandonaste las armas y volviste al principio, o tal vez sea así siempre, al final de la vida: regresar a la esencia, a la raíz de todo; un puro aprendizaje donde tú vuelves a ser hija y yo me convierto en tu madre, como un ciclo natural de la vida misma.

Ya ves, has conseguido que vierta unas lágrimas, yo que nunca lloro. Ahora no quisiera que despertases y me vieses así. La noche ha ido cayendo y está

oscureciendo. A través de las persianas veo las luces de la ciudad, lejanas, pero tú no lo ves.

Madre: no te vi nacer, pero te veo morir. Siento que renaces en mí y que muero un poco en ti. Nacemos y morimos en los otros, guardamos en cada uno de nosotros una perla nacida del dolor.

Lilith, la chica nueva que te cuida, lo leyó en alguna parte y me contó:

—¿Sabes cómo se fabrica una perla?

Negué.

—La ostra vive en el fondo del mar. Está herméticamente sellada, pero en alguna ocasión, se introduce en ella una minúscula brizna de arena que le produce un dolor tremendo. Para atenuarlo, la ostra segrega de sí misma el nácar que recubre la arena. De ese sufrimiento tan intenso nace la más hermosa de las joyas.

No sé por qué pensé en ti, en el caparazón que fabricaste, en tu piel de cebolla, en cómo somos contruidos y conformados por el dolor.

El amor es una perla contruida con dolor.

Te fuiste quitando las capas, la piel de cebolla y debajo de todo estabas tú, la perla. Mi perla del dolor.

Esa mañana daban el alta a mi madre. Allí estaba ella: recién bañada, los ojos entrecerrados sobre la silla del cuarto de hospital y yo sentada al borde de la cama, esperando impaciente a que nos lo confirmasen.

El médico de bata blanca apareció de súbito en la habitación.

—¿Es usted una de las hijas? —me preguntó nervioso.

—¿Me van a dar el alta ya? —le pregunta a su vez mi madre.

El médico apoya un instante su mano de bata blanca sobre el brazo de mi madre.

—Sí, ya se va a ir a casa.

—¡Gracias, gracias, doctor!

Hay agradecimiento en la voz de mi madre pero también cierta teatralidad.

—Bueno... en su casa va a estar mejor, ya verá.

Se emociona, está a punto de llorar, pero cuando ya creemos que va a hacerlo, se repone, mira al doctor y le pregunta.

—¿Pero por qué tengo que pasar yo este proceso?

Hay un silencio en el cuarto. El médico no sabe a qué se refiere, por eso, la mira sin comprender, luego busca mi mirada buscando una explicación.

—¿Qué proceso? —le pregunto a mi madre.

—¡El de la muerte!

—Pero ese lo tenemos que pasar todos, ¡mamá! Tú, yo... todos —le respondo condescendiente.

—Sí, ¡Pero es el mío el que me duele!

## FEBRERO

Mi hermana ha traído una silla de ruedas, porque mamá ya apenas camina. No puede mantenerse derecha, como si su cuerpo hubiese perdido consistencia y rigidez y no tuviese huesos. Sentada baja los helechos Lilith la acomoda entre cojines para que se sujete y no se caiga mientras come o la lleva por toda la casa: del dormitorio al baño o a la cocina, pasando por el patio de los helechos.

Hoy la palidez de mi madre se ha acentuado; su dignidad, hierática, permanece.

Está nostálgica, triste.

—¿Tú sabes lo que es el silencio de la soledad?

La miro a los ojos. Parece tan perdida. Su mirada se ha vuelto apagada, triste. Me cuesta sostenerla.

—No —respondo.

—Lo que siento todos los días, en esta casa, sola, día y noche. El silencio de la soledad.

Por aquel entonces uno de los pocos placeres que le quedaban a mi madre era ir a un buen restaurante y luego pasear en coche por la isla. En aquellos trayectos en coche mi madre permanecía callada, ensimismada, mirando a su alrededor sin decir palabra, sin expresar emoción alguna.

Yo conducía despacio, observando la inmutabilidad de mi madre a mi lado, con su abrigo negro y sus gafas de sol. En el asiento trasero, Lilith, contemplaba con admiración y asombro cuanto veía. Preguntaba y se interesaba por la arquitectura campesina, por los ingeniosos cultivos de la Geria y me pedía que aparcase el coche en el borde de la carretera para poder fotografiar el Timanfaya. Mi madre la veía hacer, sin comprender bien por qué

nos deteníamos. ¿Qué pensaba de todo aquello?

—¿Qué está haciendo esa chica? —increpaba malhumorada.

No podía entender la fascinación que sentía Lilith ante aquella geología volcánica, convulsa, despiadada. Mi madre, en cambio, despreciaba cuanto veía a su alrededor: aquella tierra desértica, el malpaís, las casas blancas y aisladas.

Acostumbrábamos ir al norte a ver a mis hermanas o acabábamos en el oeste en Tinajo, buscando la casa de sus padres, cerca de donde el volcán se había detenido; un lugar árido, de arenales y desierto donde solo se cultivaban batatas, cebollas... hambre. Al principio, mi madre oponía resistencia, para qué íbamos a ir allí si no había nada. No sabía explicarle, esperaba tal vez encontrar en ella algún atisbo de emoción, alguna debilidad ante su infancia. Pero en ella inútilmente florecían esas ideas románticas. Tinajo, la casa derruida donde vivió no representaba para ella más que un pasado de desdicha que era mejor olvidar.

En ocasiones, nos perdíamos para llegar, había crecido mucho el pueblo y nos acabábamos enredando en un laberinto de casas blancas y calles desiertas entre el viento y la nada.

—La costa —repetía mi madre— ve en dirección a la costa.

Pero, todos los senderos se parecían e iban a dar inútilmente al mismo sitio, como si la casa se ocultase de nosotras, como si en realidad no hubiese existido nunca. Después de muchas vueltas y de perdernos en medio del viento y las casas blancas llegábamos al final del sendero de piedras. Allí al fondo estaba la antigua marena donde alguna vez había jugado de niña con mis primos. Detrás de unas palmeras estaba la casa derruida, levantada solo un cuarto y algunos muros de piedra sin techos. Aparco el coche frente a la pequeña acera donde una vez vi dormir a mi abuelo al sol y la voz de mi madre sentada junto a mí que me dice.

—Aquí solo viví miserias.

Poco o nada quedaba de la antigua y humilde vivienda. Un par de muros de piedra levantados al cielo y sin techo y una habitación pequeña, cerrada por una puerta de madera sobre la que se habían amartillado un par de tablones. La

casa se había vendido hacía mucho tiempo a un extranjero que no había hecho nada con ella.

—Acumular terrenos —decía— tiene casas por toda la isla.

La casa permanecía en el mismo estado que cuando la compró, semiderruida, deshabitada, abandonada, inviolable y vieja.

Mi madre no entendía mi deseo de recorrer el pasado, de volver a aquellas ruinas y piedras; para ella la casa de mis abuelos era solo eso, piedras y miseria.

—Mira a ver si hay algún higo detrás en la finca —me gritaba desde su asiento.

No se bajaba del coche, era demasiado trayecto para ella. Nos espera allí, sin decir palabra, mirando los despojos de su pasado en silencio.

¿Qué pensamientos pasaban por su cabeza en esos instantes?

La veo, como me lo ha contado ella misma, subida en el burro, trotando desbocada bajando la cuesta, el grito de miedo de su madre en la cara, escapando de su padre como una amazona libre por los campos.

La parte trasera de la vivienda va a dar a la costa, y desde allí se divisa el mar, a lo lejos, más allá de las fincas negras de lapilli, de los cultivos, entre las casas blancas diseminadas en medio de la tierra negra y roja.

La vista se esparce en ese paisaje horizontal e infinito y, a menudo, la línea del horizonte se confunde entre el mar y el cielo.

Recuerdo la impresión que me causó la primera vez que vi aquel paisaje. Mi madre estaba a mi lado recogiendo higos picones de la tunera. Entonces vi el sol refulgiendo sobre el mar en llamas.

—¿Qué hay más allá? —le pregunté.

Levantó la cabeza de la tunera y miró al mar.

—¿Más allá de dónde?

—Del mar.

—¿Qué va a haber más allá? —me respondió hosca—. Mar.

—No, más allá del mar —insisto.

Debo tener pocos años, tal vez la edad en que se descubre el abismo del espacio inabarcable. Aquella nueva visión del horizonte que no se acababa nunca, la infinitud del mar insondable despertaba en mí un extraño sentimiento.

—Más allá del mar no hay nada.

Para mi madre, más allá del mar no había nada. Nunca hubo nada.

## MARZO

Los ojos de una madre son la bola del mundo donde nos miramos y aprendemos al nacer. Los de mi madre fueron mucho tiempo los de una fiera herida. No tuvo una vida fácil y le nacieron demasiados hijos, uno tras otro. Diez. Con un marinero por marido y diez criaturas como cabellos de medusa, a los que educó como pudo, sola.

En una ocasión me reveló algo que me dejó durante un tiempo conmocionada.

—Si yo hubiese podido elegir, habría hecho como tú, no tendría hijos, ni me casaría.

No supe qué responder. No podía imaginar a mi madre sin hijos. Miré las repisas de madera del patio de los helechos: allí estaban las fotos de toda su prole, el germen de todo su ser diseminado como esporas en los estantes.

—¡Los quise echar a todos! —decía riendo a carcajadas. ¡Pero ustedes más se agarraban! —y se reía a carcajadas mientras lo contaba, y su risa era como el sonido de una algarabía de pájaros en vuelo.

Sentencias como esa te dejan desalojada. Abro mucho los ojos. Mi madre debe ver en mí algo que la hace reír mucho.

Yo fui la séptima. Saber que tu madre no quiso que nacieras no es baladí. Saber que eres una superviviente desde el vientre de tu madre, estoy segura, te obliga a vivir con cuencas de amor nunca llenas, como dijo el poeta, o con la terrible inseguridad de no ser digno de amor. Durante mucho tiempo anduve perdida, mi único afán fue querer y que me quisieran como no me había querido mi madre. Fue inútil, nadie quiere como una madre. No al menos como la mía. Aprendí a amar como una mujer adulta a una edad tardía. Confiar es amar y yo no confiaba en que nadie me quisiese. ¿Por qué alguien iba a quererme a mí si ni siquiera mi madre me había querido?

Esto no era cierto del todo. Mi madre me quería, a su manera. Solo que no admitió durante mucho tiempo lo que yo era. Fue ella, en su último año de vida, quien me enseñó que querer a alguien es importante, pero saber que te

quieren, para algunas personas, lo es aún más. La confesión de mi madre me revolvió por dentro.

Mi madre sabía mejor que nadie que su felicidad residía precisamente en su independencia; fue al enviudar y quedarse sola cuando comenzó a vivir su vida, libre de responsabilidades. Y cuando ya tenía todo lo que había deseado siempre, su independencia, su libertad, su cuerpo le jugó una mala pasada. El tiempo y el cuerpo le habían traicionado de nuevo.

Hacía apenas un año la geriatra había comenzado a verla en la casa. Era una mujer de mediana edad, alegre, que le había propuesto acudir a un centro de día y comenzar a hacer ejercicios de rehabilitación. La ambulancia la recogería en la casa, pero debía estar preparada desde muy temprano, pues la recogerían a las siete y media de la mañana.

—¿No podía ser a otra hora? —protestó mi madre, acostumbrada a levantarse a media mañana.

La geriatra le explicó que esa era la hora de comienzo y que no podían hacer nada. Lilith al otro lado del teléfono me contaba los sacrificios para levantarla, para vestirla, mientras mi madre maldecía su edad, a la doctora y a todo lo que se le ponía delante.

Acudió al Centro de día solo dos veces.

Cuando regresé de nuevo a la casa le pregunté qué había pasado y por qué no había seguido las recomendaciones de la doctora de acudir al Centro.

—Está lleno de viejos —respondió.

## **ABRIL**

Escribo de mi madre, dándole palabras a su voz quebrada para retenerlas para siempre. Trascibo su voz oculta, su voz de mujer sola, de mujer vieja y llena de rabia.

Escucho la grabación y oigo su voz.

La voz de los nadie.

A los viejos nadie los quiere, acostumbraba a decir.

Los ancianos, nos hemos olvidado de ellos. Están ahí, pero nadie recuerda cómo llegaron al final, cómo se volvieron duros y amargos.

Tenía su parte de razón. Nadie quiere a los viejos. Ni siquiera la Seguridad Social. Mi madre iba todas las semanas al médico. El dolor que sentía no era ficticio, pero ya era demasiado vieja. Por lo que le recetaban lo que a todos los ancianos: pastillas para el corazón, para los huesos, para el azúcar, para el colesterol, para dormir, para despertarse. Las infinitas pastillas que le acabarían dañando los riñones y el hígado.

El mundo va demasiado deprisa para ellos.

Nadie los escucha, mueren de abandono o de exceso de medicamentos.

La tragedia de nuestra vida es que un día se van y entonces ya será demasiado tarde porque, de pronto, te encuentras sola frente a ti misma.

Nadie nos habla nunca del final.

De que esto sucederá un día. Nadie habla del desgarró, de la pérdida de los padres, de cómo nos quedamos solos, nadando en un mar infinito, sin horizonte ni orilla.

¿Hacia dónde nadar?

Escribo sobre mi madre, de su pobreza, de su grandeza, de su miseria. Escribo de una mujer cualquiera, de su último año de vida, de cómo fue volviéndose cada vez más vieja y más niña.

Escribo de cómo nos convertiremos, sin darnos cuenta, en unos ancianos desvalidos, gruñones, dolientes.

Escribo del silencio, de la soledad, de la flacidez de la carne y de la decrepitud, pero también de la tierra y de la pobreza.

Escribo desde esta isla que nos habita y somos nosotros.

## MAYO

De mi madre heredé la rabia. La tristeza y la rabia se aúnan en mí a partes iguales.

La rabia es un volcán que explosiona en mí cada cierto tiempo; en cambio, la tristeza es un mar en calma, infinito en su existencia sin límites.

Debo vivir con esto, amaestrando la rabia y consolando a la tristeza.

La escultora Louise Bourgeois creó una araña de bronce y acero gigante, de largos tentáculos amenazantes que tituló “Mamá”. Fue en Buenos Aires cuando la vi por primera vez. Me interesé por su biografía, descubrí que su madre había sido una mujer inteligente y protectora, pero también destructora y devastadora. Como mi madre. Nos protegía y nos hería a partes iguales.

Cuando era pequeña mi madre nos curaba a base de rezos y masajes. En la cama ya acostada, levantaba la camisa de mi pijama, la mano untada en aceite y recitaba:

—Nieves de Dios, si te hicieron mal —su mano sube y baja por mi vientre —, mal de rabia —y hace la señal de la cruz en mi vientre—, mal de rabia, mal de mal querer, yo lo cojo, lo voto y lo tiro al fondo del mar. ¡Que entre el bien, que salga el mal! En el nombre del padre y del hijo y del espíritu santo. Amén.

La mano de mi madre pasaba una y otra vez sobre mi barriga mientras hacía la señal de la cruz. Por aquel entonces ya me preguntaba qué sería el mal de rabia, el mal del mal querer, que mi madre había enviado al fondo del mar y que, sin embargo, me perseguiría durante toda la vida.

Durante muchos años arrastré mi rabia por el mundo y contra todos. Mi rabia era mi fuerza, lo que me mantenía en pie para no lanzarme al abismo. Nadie podía detenerme: iba sin rumbo de un lugar a otro, de un país a otro, frenética, perdida, huyendo, buscándome.

La rabia me impulsaba a correr, fue mi guía y mi salvación; estaba siempre

ahí, la llevé conmigo a todas partes, la cuidé, la mimé como mi mejor tesoro. Sin ella estaba expuesta a los demás. Y habían sido los demás quienes me habían herido. En cualquier ciudad perdida del mapa, ella estaba conmigo, acompañándome, manteniéndome viva.

Si sobreviví y me salvé fue gracias a ella. Pero la rabia me impedía amar. En realidad, no sé si alguna vez llegué a amar a nadie.

La rabia me mantenía a flote, pero me negaba el amor.

## JUNIO

A mediados de junio me llamó la geriatra al instituto. Me encontraba en una reunión de Departamento y tuve que salir para hablar en medio del patio del recreo. Los alumnos ya habían entrado en clase.

—Siento interrumpirla —comenzó— pero solo tengo su teléfono.

Había acudido a ver a mi madre y la había visto muy desmejorada de un mes a otro. Le habían detectado en el lado derecho un tumor en avanzado estado. A ella le había mentado contándole que era una hernia, pero con toda probabilidad era un tumor maligno.

Sin saber cómo hacerlo, la geriatra comenzó con evasivas a abordar la verdadera finalidad de su llamada: con el objeto de que no sufriera iban a empezar a diagnosticarle parches de morfina. En realidad, me estaba pidiendo mi consentimiento para hacerlo, necesitaba el permiso de la familia, porque después de los parches no habría retroceso. Era lo mejor para que no padeciera más de lo necesario.

—Sí —dije sin saber muy bien qué suponía todo aquello— la familia quiere sobre todo que no sufra.

Era lo mejor, respondió, en aquel estado y habiendo llegado ya casi al término. Sus palabras me impactaron. No estaba preparada para aquello. No, aún no. Entonces supe que mi madre no llegaría a su cumpleaños.

Regresé a los tres días a Lanzarote.

Mi madre dormía. Le agarré la mano caliente sobre las sábanas blancas y abrió apenas los ojos cuando me vio.

—Mamá.

—¡Nievititas!

Solo ella me llamaba así.

Y volvió a cerrarlos.

—Duerme casi todo el día —me dijo Lilith.

En las últimas semanas había perdido la noción del tiempo y del espacio. Lilith, cada vez más insustituible en su bendita templanza y paciencia, me llamaba consternada por las excentricidades de mi madre. El orden lógico del tiempo había dejado de existir para ella. Se levantaba de la siesta a las siete de la tarde y quería desayunar. De nada valía que le explicasen que eran las siete de la tarde y lo que procedía era cenar.

—Quiero desayunar, mi zumo de naranja y mi tostada.

—Déjala, que desayune dos veces si quiere, es normal por la medicación —le decía.

Lilith me relataba a diario su estado. Era una suerte tenerla allí, fue un intercambio profuso y nunca agradecido del todo del que nacería una amistad duradera. Sus grandes convicciones religiosas la habían armado de una gratitud y paciencia soberana. Agradecía la comida que preparaba y el día que amanecía. Agradecía todo cuanto le sucedía. Bendita Lilith.

Compartimos muchos momentos difíciles, sobre todo los últimos diez días cuando mi madre alternaba entre estados de consciencia y episodios de delirio.

Una semana antes de morir, nos sentamos mi madre y mis hermanas en el patio de los helechos. Tomábamos café y hablábamos de cualquier cosa. Mi madre permanecía en silencio escuchando las voces como rumores lejanos. Era incapaz de oír cuando había más de una persona a su lado. Su audífono ya resultaba inservible, impar y cojo. En un momento de la charla mi madre depositó su mirada en mí, como si me reconociese; su mirada perdida por instantes recobró algo de luz para observarme durante largos minutos, como si me descubriese, como si finalmente entendiese a aquella hija rebelde. Su mirada era de curiosidad, pero también de amor y orgullo. Tal vez no fue así, pero quiero pensar que sí.

En aquellos días donde su sombra se difuminaba, cuando sabíamos ya que se iba para siempre, andábamos todos buscando significados a cada acto, a cada signo que emitiera, como si a través de estos nos indicase alguna clave, alguna señal que no debíamos olvidar o que debíamos retener para siempre.

Fueron semanas muy duras porque mi madre ya no era ella. Las dosis de morfina eran cada vez mayores; permanecía con los ojos cerrados sentada frente a la televisión encendida que ya no oía. Su energía, su vitalidad había desaparecido por completo, incluso su buen apetito. Ahora comía muy poco, desganada ante los alimentos que le servíamos sobre una bandeja. Cerraba los ojos incluso comiendo, sumida en un duermevela constante, como si nada del exterior tuviese ya importancia.

Mis hermanas insistían en hablarle cuando iban a verla, pero ella se obstinaba en no decir nada. A veces murmuraba algo incomprensible que intentábamos darle sentido. Eva se empeñaba en encontrarle significado a sus escasos movimientos.

—Está moviendo los párpados. Ella oye, estoy segura, si abre y cierra los párpados quiere decir que sí.

No la contradecía, pero me costaba asimilar que mi madre fuese ya mi madre. A pesar de su estado, en algunas ocasiones nos mencionaba a todos, nos reconocía; también nos confundía. Pero nunca dejaba de preguntar por San que seguía sin venir.

La mañana antes de su muerte me acerqué hasta su cama como llevaba haciendo días atrás para comprobar si respiraba.

—Mamá —le susurré al oído.

Entonces abrió los ojos, tenía la mirada extraviada y miraba al vacío de la pared.

—¡Antonio!

—¿Quién es Antonio? —pregunté.

Mi madre me miraba ahora como si no comprendiese.

—¿Qué Antonio? —insistí— ¿Tu marido?

—Sí.

Deliraba, vivía sumida en un mundo que ya no era el nuestro. Su madre

muerta también acudía frecuentemente a verla.

—Últimamente está mucho conmigo —me confesaba en sus breves momentos de lucidez.

Lilith y yo la bañamos en la cama, con paños húmedos y mucho cuidado de no moverla demasiado. Cualquier movimiento brusco le duele ya en todo el cuerpo.

Su cuerpo es ya un almacén frágil, quebrado, de una existencia que se apaga. Desnuda en su fragilidad, su cuerpo, el que un día me había albergado, se descomponía.

Paso la toalla húmeda sobre sus brazos delgados, su vientre, la carne ya flácida de los muslos, los pies pequeños, las uñas largas y cuidadas. Mientras la lavábamos una profunda ternura me embarga, siento la necesidad de protegerla del dolor y del sufrimiento, como ella había hecho con nosotros. Paso el agua tibia sobre sus hombros, sobre su piel de cebolla suave, sobre sus pechos todavía turgentes. El tumor ahora está muy hinchado sobre el costado derecho.

El tumor, infectándolo todo, crece arrebatándole la vida a mi madre.

Mi madre duerme o cierra los ojos porque ya nada le interesa, ya no quiere estar aquí, ya no quiere seguir. Se queja cuando le damos la vuelta Lilith y yo, cada cuatro horas para que no tenga escaras ni rozaduras. Pero cualquier movimiento le produce un dolor insoportable. Protesta dolorida al cambiarle el pañal, o al abrirle las piernas para limpiarla.

El sexo de mi madre está hinchado, los labios inflamados y la vejiga está descolgada como una bola de mundo asomando desde su interior.

Mi madre es ahora de cristal, frágil, y temo que se rompa de un momento a otro. Su palidez es del color de las sábanas, y sus huesos sobresalen de la piel translúcida y blanca.

Parece dormida.

¿Qué sueña?

Su cuerpo es el mío.

Pero el suyo ha adquirido una categoría universal. Una consistencia,

líquida, fluida, sin tiempo ni edad.

## JULIO

Mi madre no llegó a su cumpleaños, murió un mediodía caluroso a causa de una sobredosis de morfina inducida. La fiebre le había aumentado la noche anterior. Respiraba con dificultad y su cuerpo tendido en la cama, de costado, en la posición en que la habíamos colocado, parecía el de una niña dormida. En los últimos días se había agudizado su delgadez, los pómulos salientes, la nariz fina como papel, los labios semiabiertos y secos.

Sobre las once de la mañana, la doctora y el enfermero de cuidados paliativos regresaron a la casa. Había estado la noche anterior para aumentar la dosis de morfina. Supe, de alguna forma, que mi madre no sobrepasaría ese día. La habían encontrado en la misma posición que el día anterior: de cúbito supino lateral, las manos entrelazadas como si rezara; parecía dormir. Volvieron a cargar la bomba de morfina y se fueron. No podían hacer más.

Yo quería saber cuánto podía durar *el proceso*. Ahora era yo quien lo llamaba así.

—Hasta que su corazón aguante —respondió, alzando los hombros.

Pero yo necesitaba saber, conocer cuáles eran los síntomas, saber qué hacer en ese momento. No quería que sufriese.

—No va a sufrir, va a seguir así como ahora: la respiración se irá espaciando cada vez más, hasta que se detenga del todo.

—¿Pero qué hago yo?

—Todo lo que puedes hacer es esperar, cuando llegue el momento, si quieres para acelerar el proceso le aplicas el inhalador nasal. Eso le ayudará.

Asentí. Mis hermanas se habían quedado en el recibidor, hablaban con la prima que había venido a vernos. La doctora y el enfermero recogieron los utensilios y se despidieron de una forma diferente, como si se disculpasen o nos diesen el pésame por anticipado.

En unas horas iba a suceder. Mi madre iba a morir y mi vida ya no volvería

a ser igual. Este hecho me marcaría para siempre.

Era algo inevitable, natural, lo sé, pero no deja de ser, al menos para mí, de una naturaleza cruel.

Sentimientos contrapuestos luchaban en mi interior: por un lado el deseo de que acabase definitivamente de respirar para que no sufriera más, y por otro, el deseo de que estuviese conmigo unos días más para poder cogerle las manos y decirle que la quería, que no la iba a olvidar nunca, que sabía que también me quería, aunque no me hubiese dejado querer.

Quería detener el tiempo por un día. Pero nada dependía de mí. Hacía dos días que mi madre ya no sentía nada, que no abría los ojos, que no se quejaba cuando le cambiábamos el pañal.

Ella no querría esto, me decía para consolarme. Ella querría morir dignamente.

Debíamos prepararnos para lo peor. Carmen había venido a la isla los últimos días para despedirse de mi madre. Íbamos a salir a comprar algo de ropa negra. Mi madre había dispuesto que todas fuéramos de negro a su entierro. Sin embargo, tenía miedo a alejarme de la casa y que le pasase algo en mi ausencia.

Le pedí que esperara un poco. No me gustaba cómo respiraba. Parecía más agitada. Tomaba aire con dificultad y los pulmones parecían en su movimiento ascendente pedir más aire.

Entonces lo supe. Había llegado el momento.

—Mi madre se va ya —le dije a Carmen que estaba al otro lado de la cama.

—¿Tú crees? —Carmen me mira asustada.

—Sí —le digo—. Es el momento. Pásame el inhalador.

La respiración se espaciaba, se dilataba; su pecho subía y bajaba agitado. Tuve que ayudarme de las dos manos para abrir el fino orificio de la nariz. Una dosis. Luego otra. La lengua se le había vuelto azul y los orificios de la nariz, convertidos en piel de cebolla, permanecían adheridos al hueso.

—Mamá, descansa ya —le digo acariciando su frente—, has sido una buena madre, que nadie diga lo contrario.

Luego una pausa larga, el último sorbo de aire, y seguidamente una exhalación, como un suspiro.

Y todo acaba.

Mi madre derrama un estertor de bilis por la boca. Le limpio los labios, el cuello por donde rueda el líquido negro. Le toco las manos ya muertas, el cabello tan fino en la frente, el hombro desnudo.

—Ya se fue —le confirmo a Carmen que llora.

—Mamá ya se fue —les digo a mis hermanas que entran al dormitorio y se despiden de ella y la lloran.

Nadie pronuncia la palabra muerte. Nadie ha dicho mamá ya murió, mamá está muerta, solo “ya se fue”, como si se hubiese ido por su cuenta a un largo viaje. Pero no volverá más.

No habrá nadie que te espere, o te lastime, o te dé lástima, porque mamá ya no estará más. Entrarás a esta casa y a este cuarto y no verás más su cuerpo tendido en la cama, ni verás su caminar traspuesto hacia el patio de los helechos, ni sentada frente a ti te mirará tan intensamente como si por fin te conociese, como si por fin comprendiese y amase lo que eres.

Hoy hace una semana que mi madre ha muerto. Me despierto pensando en ella, en sus últimos días cuando estaba tan enferma y débil. No he podido escribir nada este último mes en donde su enfermedad había avanzado de forma tan brutal, como si las palabras no bastasen ni aliviasen, sino todo lo contrario.

Aún hoy no puedo. Las palabras no bastan.

Al día siguiente de morir la incineramos. Nada de nichos ni bichos que se la comieran, eso quería. Había dispuesto que esparciéramos sus cenizas por el aire, en todos aquellos lugares en los que había estado.

El día de la incineración dormí mal, me atenazaba una rabia ciega contra mi hermano San y su mujer, a la que hacía responsable del alejamiento de mi hermano. Entre sueños repetía las admoniciones terribles que le iba a decir a ella, o a él cuando los viese. La cólera me podía. Sentía en mi interior un dolor más allá de la muerte de mi madre, una incomprensible y gratuita injusticia contra aquella anciana niña.

San hacía más de un año que no aparecía por casa; no vino al hospital, ni acudió a la casa mientras agonizaba. En cambio, se presentó en el tanatorio, con el gesto erguido, saludando a todos, como si nada hubiese pasado.

Me acerque hasta el féretro con mi hermana. Hace frío dentro de la cámara. El ataúd era sencillo, griego; un paño blanco protege el cristal donde está su rostro. Soy consciente de lo que voy a hacer. Quiero recordar todas sus caras, incluso esta. También sé que probablemente esta imagen irá conmigo siempre. Por eso levanto con cuidado el paño blanco del cristal y la miro.

Es hermosa, siempre lo fue. Los párpados pintados de azul celeste, los labios rosa como las flores que tanto amaba, los pómulos salientes, las mejillas nacaradas. Parece en paz, como si al fin hubiese encontrado la paz que tanto deseaba. Le hubiese puesto un sombrero encima del ataúd marrón. A ella le gustaban los sombreros, como a mí. Siempre que regresaba a la casa con alguno ella se apoderaba de ellos.

—A mí me quedan mejor que a ti —me decía.

Y no podías más que reírte.

—Bueno, mamá, ya descansaste que era lo que querías —oigo decir a mi hermana Bea emocionada.

Estamos todos consternados. Ha sido todo demasiado deprisa. He cogido del parterre del tanatorio una hoja de romero y la deposito sobre la caja donde mamá duerme, ajena ya al mundo y sus miserias.

—Mamá, estarías contenta, te han dejado muy bien —le digo finalmente.

—Parece una muñeca de porcelana —señala Bea con un mohín de llanto.

Hierática, el cabello cano enmarcando la frente, los ojos cerrados como si durmiese, el rostro vívido, casi sin arrugas en las mejillas nacaradas, la piel de cebolla viva aún, parece el rostro de una esfinge antigua. Digna, hermosa hasta en su muerte.

## EPÍLOGO

Regresé una semana más tarde a Lanzarote para recoger las cenizas de mi madre. Se habían quedado sobre la cómoda de su dormitorio a la espera de que las repartiéramos entre todos los hermanos.

La casa parecía haber envejecido en solo una semana. Los muros que ella misma levantó, piedra a piedra, cargando baldes de agua desde la calle del Norte, estaban ajados y viejos. Una patina de tierra rodeaba la superficie de los muebles. La tierra, siempre la tierra invadiéndolo todo.

Su pequeño feudo, su castillo, se derrumbaba bajo la humedad de las paredes y el silencio.

Durante la mañana esparcí un poco de ceniza en la casa donde nació, en Tinajo, cerca del volcán. Mis hermanos prefirieron lanzar los restos en el morro, bajo la sombra del molino viejo y sin aspas.

La tristeza me invade. Mi madre quería irse y, finalmente, lo consiguió.

—Me echarán de menos cuando ya no esté, nos decía.

Y era cierto. Acertaba siempre en sus predicciones.

Me he traído un helecho de casa mi madre y lo he puesto en el patio de luz. He volcado un poco de ceniza en la tierra. Las cenizas de mi madre pertenecen también a los helechos.

Estoy triste. No deseo salir de la casa. Alguna amiga me llama e invento excusas para declinar las invitaciones. No quiero ver a nadie, no quiero hablar de futilidades como si no pasara nada.

Dentro de mí ha pasado algo: una catástrofe, un hundimiento que nadie ve.

Mi madre ha muerto y este hecho solo me incumbe a mí.

A pesar de ella misma, a pesar de sus errores y de su carácter, era mi madre y ya no la veré más. Esto ahora es una tragedia para mí.

Hago mi duelo particular, la retengo en mis palabras, la contemplo en las fotos del álbum familiar que me llevé de la casa.

En la primera página hay una foto de mi madre montada en camello en Marruecos. Se la ve feliz, sonriente. Recuerdo que hablaba con nostalgia de aquel viaje, sobre todo porque había sido fruto de su esfuerzo. Cansada de esperar por la paga de mi padre que navegaba en las costas africanas, de fiar en todas las tiendas de comercios, un día comenzó a vender productos de una marca de cosméticos. Salía cada tarde a recorrer las casas de amigas y vecinas. Acabó haciéndose experta en ventas de cosméticos. Con su natural desparpajo se fue haciendo una buena cartera de clientes. Ese año le dieron el premio a la mejor vendedora de la isla. En una de las fotos aparece mi madre con una banda azul, sonriente. El premio fue el viaje a Marruecos.

Recordaba con verdadera emoción todas las atenciones recibidas, cómo la trataron. Había brillo en sus ojos cuando lo contaba. Hay un hombre con turbante que baila con ella: es joven, moreno, atractivo, vestido con las ropas típicas árabes. Mi madre debe tener la edad que yo tengo ahora. En otra fotografía aparece con el mismo hombre en la recepción del hotel: ella, resuelta, le pone el brazo por encima de su hombro. Hay picardía y felicidad en su mirada; en ese momento pienso que debe sentirse una mujer libre.

Sé que debo cerrar este ciclo.

Mi hermana Berta me dice que siente que está con ella en muchos momentos. No le dije que a mí me pasaba igual. Es una idea pueril, universal. Como todas las cosas esenciales.

La pérdida de una madre te recoloca, te sitúa en el mundo.

Dos días después de morir me fui con Carmen a una casita de pescadores junto al mar en la isla de la Palma. Allí, con la única compañía de los libros y el mar, pasé los días del duelo.

Debía curar el dolor que sentía en el mar.

El mar arrastra los cayados hasta la orilla, resuenan al estrellarse entre sí y deja grandes surcos en la orilla. Escucho el retumbar de las piedras. Contemplo las casitas humildes de los pescadores mientras pienso que todo esto desaparecerá un día. Los hoteleros y empresarios se han adueñado de las costas. El plan del Gobierno es hacer una gran avenida que incluirá la demolición de todas estas casas de pescadores. Una gran avenida junto al mar. Una excusa más para, en unos años, implantar centros comerciales, parques

acuáticos y grandes hoteles turísticos,

Oigo el mar desde la ventana del dormitorio. Las olas baten con fuerza sobre las piedras redondeadas y negras. Solo el mar permanecerá siempre. Inmune a nuestra destrucción, ajeno a las ambiciones de los hombres. En él empieza y acaba el mundo. Frente a él hablo a solas con mi madre: le doy las gracias por haberme dado la vida, por decirme que me quería. Las últimas semanas nos decía a todos que nos quería. Nunca lo había hecho antes, jamás, ni cuando éramos muy pequeños. Mamá siempre había sido como la tierra, seca, árida, de pocas expresiones afectuosas. En cambio, cuando enfermó nos lo dijo a cada uno de los hijos.

—Nieves, tú sabes que yo te quiero —me dijo semanas antes de morir, cuando aún estaba consciente.

—Ya lo sé mamá —respondo con un nudo en la garganta.

—Pero tú nunca te has dejado querer, como tu hermano.

Debo pasar página, aceptar que es ley de vida, me lo dicen mucho últimamente. Ley de vida: morir. Sí, aceptar lo inevitable, que nunca más estará aquí. Dar las gracias por todo lo que me dio, por deshacerse al final de todas las pieles de cebolla y quedar desnuda frente mí.

—Mama —le digo mirando al mar, al horizonte azul —espérame en el campo, entre las aulagas y los montes pelados, entre el siroco y las tuneras. Reina ahora del firmamento, disgregada ya en los campos de cebollas, en el mar y en el viento, eres libre.

Hace viento, y el mar, la marea arrastrando los cayados a la orilla, parece responderme.

—Siempre, siempre.

---

[1] \*Perenquén : Lagarto de tamaño pequeño pero robusto, endémico de las Islas Canarias.